

# DIÁLOGOS SOBRE EL GÉNERO MASCULINO EN CHILE

Sonia Montecino - María Elena Acuña  
COMPILADORAS



Darío Oses • Marco Antonio de la Parra • Jorge Guzmán  
José Bengoa • Jorge Pinto Rodríguez • Eduardo Devés

PUBLICACIONES  
DEL PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO  
DE ESTUDIOS DE GENERO

NACIONAL DE CHILE

SERIE RESULTADOS DE INVESTIGACION

- *Diagnóstico sobre inserción laboral de mujeres mapuche rurales y urbanas.*  
Sonia Montecino, Loreto Rebolledo,  
Angélica Willson
- *La investigación social en salud reproductiva en Chile: panorama al inicio de los noventa.*  
Jacqueline Gysling
- *Mujer y Género. Nuevos saberes en las universidades chilenas.*  
Sonia Montecino, Loreto Rebolledo,  
compiladoras.
- *Relaciones e identidad de Género en Chile: 1950-1990.* Sonia Montecino, Loreto Rebolledo,  
compiladoras (en prensa)

013-22 /  
6  
Copia 1  
9973  
W3229

SERIE CUADERNOS DE TERRENO

- *Relatos, testimonios, historias de vida.*  
Varios Autores
- *Ensayos, monografías, artículos.*  
Varios Autores

SERIE APUNTES DOCENTES

- *Conceptos de género y desarrollo.*  
Sonia Montecino, Loreto Rebolledo
- *La investigación social en sexualidad en Chile, 1984-1994.*  
Silvia Lamadrid A., Soledad Muñoz G.

OTRAS PUBLICACIONES

- *Listado de tesis sobre mujer y género en algunas universidades chilenas.*  
Paula Palacios
- *Dándole cuenta al género.*  
Varios autores.  
María Elena Acuña, Soledad Muñoz,  
compiladoras.

AL





10M; (113-22)

# Diálogos sobre el género masculino en Chile

Sonia Montecino - María Elena Acuña

COMPILADORAS

Darío Oses • Marco Antonio de la Parra • Jorge Guzmán  
José Bengoa • Jorge Pinto Rodríguez • Eduardo Devés

UNIVERSIDAD DE CHILE • FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS DE GENERO

BRAVO Y ALLENDE EDITORES

Santiago - Chile  
1996

© PIEG  
Bravo y Allende Editores

Inscripción N° 97.533  
I.S.B.N. 956-7639-01-0  
Octubre 1996

Texto producido en coedición

Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales  
Programa Interdisciplinario de Estudios de Género  
Ignacio Carrera Pinto 1045, Fono: 6787707 / Fax: 6787829,  
Correo electrónico: Email smonteci @abello.dic.uchile.cl  
Ñuñoa, Santiago, Chile.

Bravo y Allende Editores  
Obispo del Solar 5739  
La Reina  
Fono / Fax: 2270079

Producción gráfica y diseño: Surada  
Impreso por: Productora Gráfica Andros Ltda.

Se prohíbe la reproducción de este documento sin autorización.  
Se autoriza la cita de textos identificando claramente la fuente.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

188873

*Mírese bien, es Ud. ese hombre  
que remienda su única camisa  
llorando secamente en la penumbra.*

Enrique Lihn

169973



## Índice

Agradecimientos .....	9
Presentación .....	11
Prólogo	
De lachos a machos tristes	
<i>Sonia Montecino</i> .....	13
Los alardes de la virilidad	
<i>Darío Oses</i> .....	27
Sobre una nueva masculinidad o el padre ausente	
<i>Marco Antonio de la Parra</i> .....	37
Ejes de lo femenino/masculino y de lo blanco/no blanco, en dos textos literarios	
<i>Jorge Guzmán</i> .....	49
El Estado desnudo.	
Acerca de la formación de lo masculino en Chile.	
<i>José Bengoa</i> .....	63
Ser hombre en el Norte Chico:	
El testimonio de un historiador.	
<i>Jorge Pinto Rodríguez</i> .....	83
Entre el machismo y el sadomasoquismo.	
Una visión del género en Chile	
<i>Eduardo Devés</i> .....	97



## Agradecimientos

La realización de la serie de mesas que conformaron los *Diálogos sobre el género masculino en Chile*, no habría sido posible sin el trabajo y el esfuerzo organizativo en primer lugar de Paola Díaz, de Paula Palacios y de los aportes intelectuales de Loreto Rebolledo. También nuestra gratitud a Carmen Padilla por su apoyo en la digitación y a Isabel Larraín por la edición de algunos de los textos.



## Presentación

*Diálogos sobre el género masculino en Chile*, es producto de una serie de mesas redondas realizadas como parte de las actividades de extensión del Programa Interdisciplinario de Estudios de Género durante el segundo semestre de 1995 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. El sentido de estos diálogos fue el de instalar un tema muy poco abordado en nuestro medio, como es el de lo masculino, desde una perspectiva interdisciplinaria. Se convocó a estas mesas a escritores e historiadores que expusieron sus puntos de vista ya sea derivados de reflexiones anteriores o producidas para la ocasión. La idea fue invitar a intelectuales de conocida trayectoria a conversar sobre las maneras en que se podía tematizar la masculinidad en nuestro país como una forma de abrir una fisura, una brecha en la tradicional mirada para abordar esta materia: como si el género fuera únicamente femenino. También nos animó el deseo de estimular a una reflexión más amplia y sistemática sobre la construcción del “ser hombre”. El resultado de los diálogos es este libro que, a nuestro juicio, se convierte en gesto pionero, en ademán necesario de replicar para comprender en toda su complejidad y riqueza el tema mayor del despliegue de las relaciones de género en nuestros territorios.

*Las compiladoras*



## Prólogo

Sonia Montecino<sup>1</sup>

De lachos a machos tristes:  
la ambivalencia de lo masculino en Chile.

*Ha llegado la hora vestida de pánico  
en la cual todas las vidas carecen de sentido,  
carecen de destino, carecen de estilo y de espada,  
carecen de dirección, de voz...  
un mito enorme, equivocado, rupestre, de rumiante  
fue el existir; y restan las chaquetas solas del  
ágape inexorable, las risas caídas y el  
arrepentimiento invernal de los excesos,  
cuando yo era hermoso como un toro negro y tenía  
las mujeres que quería,  
y un revólver de hombre a la cintura.*

*Fallan las glándulas  
y el varón genital intimidado por el yo rabioso,  
se recoge a la medida del abatimiento o  
atardeciendo araña la perdida felicidad en los  
escombros; el amor nos agarró y nos estrujó como  
a limones desesperados,  
yo ando lamiendo su ternura...*

(Pablo de Rokha, Canto del macho anciano).

---

<sup>1</sup> Antropóloga, escritora, coordinadora PIEG (Programa Interdisciplinario de Estudios de Género) Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

## La hora vestida de pánico

Pareciera ser que a finales del siglo XX esa hora vestida de pánico ha comenzado a llegar, y que las antiguas concepciones respecto a la masculinidad están siendo puestas en cuestión. A pesar de que todavía muchos creen que tener un “revólver de hombre puesto en la cintura” y que “ser hermoso como un toro negro” atrae a todas las mujeres, cada vez es más creciente la interrogación respecto al lugar de lo masculino en la vida social, en la familia, en la pareja. Interrogación que sin duda emerge desde que esa suerte de “revolución cultural”, que ha traído consigo la ampliación del lugar de las mujeres, ha permitido formular la pregunta ¿qué es ser un hombre?

El advenimiento del concepto de género trajo como corolario la necesaria cuestión de indagar en las formas en que se construye la masculinidad. Hablar de género supone concebir lo femenino y lo masculino, el ser mujer o ser hombre como una construcción cultural y social de las diferencias sexuales; al entender el género como algo que se crea desde la cultura sobre las particularidades sexuales o biológicas, se está asumiendo que ningún atributo asignado es inmutable y asimismo que cada sociedad tendrá su propio repertorio de rasgos y definiciones de género. Utilizar también este término ha tenido como consecuencia el indagar en las relaciones que se dan entre mujeres y hombres en las distintas comunidades humanas; relaciones que pueden ser de varios tipos: de desigualdad, de complementariedad, de subordinación, de igualdad. Sin duda, en muchas sociedades lo que ha prevalecido han sido las relaciones de desigualdad y en muchas otras se da una combinación de acuerdo a las esferas de la vida social de que se trate.

Por otra parte, el concepto de género ha permitido una concepción más plural de las personas. En ese sentido podríamos decir que es una superación del concepto universal de La



Mujer, que sólo veía un atributo como central olvidando los demás que constituyen a los sujetos. Las teorías de género apuntan a una mirada que devela a las personas tanto por su género, como por su clase, su edad, su etnia y su historia particular. Así entonces desde este concepto no podríamos hablar ni de La Mujer, ni del Hombre como universales, como esencias, como fijos e idénticos a sí mismos, sino que como plurales: hombres y mujeres singulares que habitan un espacio determinado.

De este modo, cuando a finales de la década de los 70 comenzó a socializarse el término género en el Primer Mundo, una serie de reflexiones sobre lo masculino se desplegaron en el universo de las ciencias sociales y en la literatura colocando en el escenario un problema que hasta entonces no se había tocado. Este vacío estuvo relacionado a nuestro juicio con un doble movimiento: por un lado, por el hecho de que las teorías sobre La Mujer habían reificado una imagen de Hombre dada por el uso del concepto de patriarcado como sistema universal y omnipresente, dibujando una silueta masculina estereotipada e idéntica para todas las sociedades; por el otro, el hecho de que desde muchas disciplinas como en el psicoanálisis, la propia filosofía, la historia, “el hombre” aparecía como un sujeto incuestionable; preguntarse por qué ser un hombre contenía a toda la humanidad, con lo cual era imposible plantearse el asunto como un problema de género, y más aún la propia pregunta no podía ni siquiera modularse. Recordemos que el mismo psicoanálisis considera un rasgo histérico el que la mujer interroga su condición –dado que él mismo piensa que esa condición no es más que una inexistencia, o una carencia como diría Lacan.

Por otro lado, en distintas sociedades contemporáneas ya sea el desplazamiento masivo de las mujeres de “la casa a la calle”, al mundo laboral, al universo de lo público, o sus movimientos reivindicativos, han puesto en jaque las antiguas

maneras de comprender las relaciones entre hombres y mujeres. Aun cuando es sabido que la “salida” de las mujeres de la casa les ha significado asumir una triple jornada, es claro que se ha provocado un cambio de posicionamiento, un cambio de “lugar propio” –o como dice Adriana Valdés un deslizamiento al “corral ajeno”– que ha tenido como consecuencia un “malestar”, un removerse, una negociación y un ceder por parte de los hombres. Este proceso aunque no está suficientemente documentado en nuestro país se percibe y podríamos decir que aún habiendo continuidades, por ejemplo en la construcción simbólica de lo femenino y de lo masculino, hay cambios en el plano de lo social y económico que evidentemente tendrán su correlato –en un tiempo más– sobre las ideologías de género.

Es una hora entonces “vestida” del pánico que produce la interrogación sobre las diferencias en un mundo en donde las mujeres comienzan a ocupar los espacios de los hombres, y en muchos casos, como ocurre en nuestras sociedades mestizas, en donde prevalece su dominio materno agregándosele otros en donde también puede ejercer su autoridad. Es claro que estamos ante la hora –en algunos países por supuesto más que en otros– en donde el asunto de la “indiferenciación” o diferenciación de género se torna crucial. Y esto no es algo banal puesto que sitúa el tema en los cambios culturales que posibilitan transformaciones en los modelos de las identidades de género; cambios que sin lugar a dudas van aparejados con procesos de orden económico y político (en el caso de Chile redemocratización y neoliberalismo, por ejemplo son dos caras de un cuerpo social que en pocas décadas ha adoptado nuevos contornos y ha modificado las relaciones de género).

Algunos autores, como René Girard, sostienen que la indiferenciación conduce a la violencia, que hay una necesidad de preservar las alteridades; en el tema que nos ocupa es preciso tener en consideración que la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres no tiene por qué eclipsar y anular las

diferencias entre femenino y masculino. El desafío parece ser el de la creación de nuevos espacios y rasgos diferenciales que no supongan desvalorizaciones por estar asociados a un determinado género. Pero eso nos enfrenta a un problema de re-elaboración cultural, de cambio civilizatorio y de proyectos sociales globales que “piensen” a mujeres y hombres en un universo de complementariedades y de solución a las inequidades sin hacer tabla rasa de la necesidad de una identidad personal, social, humana; de un sí mismo que requiere respeto a su singularidad. Nos enfrenta así a la necesidad de una fisura en los modelos sociales, a una abertura fundamental, a una reflexión que explore si el acento colectivo se pone sobre lo homogéneo o sobre lo diverso.

Pero esta hora, como hemos dicho, ha sido importante para el levantamiento de una duda, una duda sobre lo que se creía resuelto, a saber, que “los hombres” lo tenían todo definido, que gozaban de su privilegio de género dominante y que por el solo hecho de serlo podían aspirar a una vida más plena o al menos más gloriosa en lo social; por tener el poder —me refiero al poder público— una faz masculina, la potestad de los hombres aparecía garantizada desde su nacimiento. Sin embargo, las indagaciones y las propias experiencias existenciales han comenzado —con fuerza en el Primer Mundo— a trizar esa imagen.

La historiadora francesa Elizabeth Badinter recoge en su libro *XY la Identidad Masculina* muchas de esas “torsiones” a la figura masculina. Así por ejemplo, sostiene que el proceso de identidad de los hombres es mucho más “dramático” que el de las mujeres puesto que la masculinidad se define como todo aquello que no es femenino: “...desde su concepción el embrión masculino “lucha” para no ser femenino. Nacido de una mujer, mecido en un vientre femenino, el niño macho, al contrario de lo que sucede con la hembra, se ve condenado a marcar diferencias durante la mayor parte de su vida... Para hacer valer su identidad masculina deberá convencerse y convencer a los

demás de tres cosas: que no es una mujer, que no es un bebé y que no es homosexual”.<sup>2</sup>

De este modo según la autora habría una fórmula común a todas las sociedades: la femineidad aparece como natural, mientras que la masculinidad se adquiere pagándola muy cara, como lo evidencian las constantes pruebas de virilidad que se expresan en la frase: “demuestra que eres un hombre”. Así entonces se podría decir que la masculinidad se construye, que no está dada. Pero está claro que hoy en día el sistema de referencias no es muy preciso y que **el hombre de fines de siglo no sabe cómo definirse**. Los teóricos de las ciencias humanas en Norteamérica –que realizaron los primeros estudios científicos sobre la masculinidad– hablaron de la “ilusión viril” y de que la clase, la edad, la etnia o la preferencia sexual relativizaban y pluralizaban las masculinidades. En los sistemas patriarcales –sostendrá Badinter– se juzga a los hombres como más fuertes, valientes, responsables y con poder. La libido dominante fundamentaba la virilidad y si el “dominante es dominado por su dominio” ello constituía parte de la identidad masculina. Al desaparecer esa “ilusión viril” se produciría un vacío: “hay motivos suficientes para provocar el vértigo entre los jóvenes, que deben enfrentarse a dos escollos: no ser suficientemente macho o serlo demasiado”.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Badinter: 51

<sup>3</sup> Op. cit.: 21

## Un revólver de hombre a la cintura o un mito enorme, equivocado, rupestre.

Como la masculinidad es un constructo, se hace evidente que la mirada debe tornarse hacia las especificidades culturales que “producen” determinados tipos de hombres, y también es imprescindible el recurso a la historia para conocer los cambios o las mantenciones de los patrones de género. En ese sentido nuestra historia genera varias masculinidades emergidas de los procesos del mestizaje, de la colonización y de la vida republicana. La tematización de las formas en que se ha constituido la masculinidad en Chile es incipiente<sup>4</sup> y por ello son valiosos los aportes que escritores e historiadores realizan en el libro que prologamos. Valiosos, por cuanto conforman un primer intento de acercarse a un problema que es teórico y que es disciplinario, y que comporta, asimismo, una mimesis con el “objeto” a tratar. Hablar de lo masculino, es hablar de una experiencia personal y no es fácil desprenderse de las estructuras inconscientes, de la gramática que ordena las jerarquías y las relaciones entre los géneros. Una posible lectura de estos aportes sería la siguiente:

*Los machos tristes de Darío Oses.* El autor ancla su mirada en el problema que deriva de la necesidad de relacio-

---

<sup>4</sup> En el sentido de una reflexión que parta desde una perspectiva de género, puesto que algunos trabajos de Gabriel Salazar y otros historiadores que hablan de hombres no tienen la intención de develar el sistema sexo-género que posibilita tal o cual tipo de identidad o de relación femenino-masculino o el posicionamiento dentro de una estructura de jerarquías de género. Sólo conocemos un interesante trabajo de Thomas Klubock (“Hombres y mujeres en El Teniente. La construcción de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951” en *Disciplina y Desacato*, Godoy, Hutchison, Rosemblatt y Zárate, editoras, Sur-Cedem, Santiago, 1995) y otro de Víctor Toledo (“Historia de las Mujeres en Chile y la cuestión del género en la historia social” en *Huellas*, Montecino y Boisier, editoras, Cedem, Santiago 1993) que han abordado desde el ámbito conceptual del género el problema de lo masculino en Chile.

narse hombres y mujeres, “de tener que tomar en cuenta al otro para vivir”, dice. Su planteamiento central se afinca en lo complicado que resulta “graduarse” de hombre y en la necesidad de tender a pensar el género como un continuo masculino-femenino. A través de la simbólica del Don Juan va demostrando el “paradigma de la identidad masculina fálica y aventurera” como utopía inalcanzable. El Don Juan envejecido sería similar al “varón genital intimidado por el yo rabioso” de Pablo de Rokha en su “Canto del macho anciano”. Por otro lado, este Don Juan tiene otra de sus caras en el “macho agresivo” que compite por poder y dinero. Para Osés la asunción de la masculinidad es un “alarde ritual” y cuenta cómo él lo padeció en carne propia. Por último, es muy interesante la figura que rescata del “macho triste” que emergerá en Chile a partir del Golpe por la relación de subordinación que imponen “otros machos más poderosos, que tienen ametralladoras y tanques, y que son los únicos que pueden salir de noche”. Los modelos de género masculino enfrentarán así un nuevo ritual: el de la sumisión.

*Del padre ausente al presente.* Marco Antonio de la Parra aborda la figura del padre como constitutiva de la masculinidad y cómo sus cambios van configurando nuevas maneras de comprender la constitución de los géneros. Para el autor “casi toda la modernidad ha sido un discurso tejido en contra de la figura del padre”. La situación de proveedor ha dejado al padre ausente, lejos del hogar, y entonces la madre se torna en la principal transmisora de su simbólica (“la Madre conjura y él tan sólo confirma” dirá de la Parra). La tesis de este artículo es que el proceso civilizatorio ha ido atenuando la masculinidad, así por ejemplo se desvitalizarían los sentimientos agresivos y la propia democracia traería consigo la presencia de los débiles que luchan por tener un lugar. A través del ejemplo de la culinaria el autor muestra cómo en el ritual del asado aún pervive como en sordina la fortaleza de lo masculino, por sobre

el conglomerado de una “cocinería” que privilegia hoy lo pequeño, lo vegetariano, el plato que no chorrea. Sin embargo los cambios son múltiples y no del todo asimilados tanto por hombres como por mujeres: los primeros han ganado en “delicadeza y afecto”, las segundas en “competir cuerpo a cuerpo”, pero habría una peligrosa indiferencia (la “androginia peterpanesca de Michael Jackson”). Con todo, de la Parra sostendrá que es importante esta nueva experiencia, y que tal como la naturaleza bisexual del trabajo creativo deberíamos asumir lo paterno y lo materno en cada uno de los géneros.

*Las transmutaciones de los géneros.* A través del análisis del poema de Gabriela Mistral “Caperucita y el Lobo” y de la novela *El Viejo Almendral* de Joaquín Edwards Bello, Jorge Guzmán entrega una visión de la compleja construcción simbólica del género que tiene sus supuestos en las categorías de pensamiento blanco/no blanco que caracterizarían a nuestros territorios mestizos. El género aparece así intersectado por categorías de clase, etnia y edad. Con el ejemplo de Gabriela Mistral se ilustra cómo la relación sexual entre hombre y mujer está teñida de etnicidad y del peso de la historia de colonización. El hombre es categorizado como un animal oscuro (el lobo), violento y engañador: “En este poema la hablante mistraliana muestra su aversión al macho en cuanto pareja amorosa, y para ello habla desde el código blanco, de modo que lo blanco es lo respetado, lo bueno, pero también lo maltratado”.

En el caso de la novela de Edwards Bello, también asistimos a una categorización de género dada por la pertenencia étnica: lo positivo está asociado a los ingleses y lo negativo a criollos; sin embargo, la madre es alegorizada en la figura de una india sirvienta. En la novela se ve que la visión de lo femenino es ambivalente: se lo desprecia, pero a la vez se lo percibe como esencial e incluso superior (en tanto madre). Los hombres, son representados como infelices, alcohólicos, redimidos por las sirvientas-madres.

Así es posible reconocer una “inversión” en los términos hombre-mujer en los dos autores (que bien puede representar “una inversión curiosísima operada dentro del texto de la sociabilidad chilena”, como dice el autor): el hombre está categorizado en tanto macho como violento, disfrutante, alegre, pero al transmutarse en padre o marido —es decir, cuando la conyugalidad y la filiación se hacen presentes— se convierte en borracho, abandonador o infeliz. Mujer, puede ser categorizada como la violada, la “zumbada”, la tirada, pero en tanto madre ella se convierte en la dueña del mundo, en la administradora y ordenadora de la realidad; poder de la Madre que puede estar en el bien o en el mal. Estas transmutaciones de los géneros operarían según el autor por la estructura ideológica de lo blanco/no blanco en que oscilamos en América Latina.

*Las utopías del intercambio de mujeres.* José Bengoa, por su lado, intenta trazar la historicidad de los géneros en Chile haciendo un análisis que toca al mundo mapuche en tanto comunidad originaria, los procesos de colonización, el mundo hacendal y por último el Estado. La hipótesis del autor es que el intercambio de mujeres en todas las épocas ha sido una constante subterránea que ha implicado la circulación de éstas donando un mundo, creando la cocina y articulando una memoria que atraviesa el tiempo. Sin embargo, tras este intercambio se percibe la masculinidad como dominante y estructuradora de la organización social: “Me atrevería a asegurar que el primer componente de la masculinidad en Chile es la patrilinealidad, esto es, la conciencia absolutamente generalizada de que el sentido de la historicidad pasa por el hombre”, dice el autor. En el período colonial Bengoa hace resaltar el tema del honor y de la primogenitura como bases para la constitución de la masculinidad, lo cual sería un gesto de la cultura española trasplantada. En el mundo hacendal será la figura del patrón la que eclipse el modelo masculino; allí el proceso de mestizaje y la potestad del “gran señor y rajadiablos” teñirá el “intercam-



bio de mujeres” de violencia y vasallaje. Sin embargo ese proceso estará también signado por la “atracción” de personas de clases distintas, generando una suerte de “fenómeno integrativo”. Así la mezcla entre amor/odio, entre atracción y humillación formará parte de las relaciones entre hombres y mujeres. El Estado, por su lado, construido por los hombres a su imagen y semejanza, vendrá a articular una cierta noción de orden y de poder, que también estará marcada por la relación subordinación/integración (la cual recuerda la relación entre los géneros en el mundo hacendal). Por último, para el autor “las mujeres construyeron la primera sociedad de Chile” y aunque en la trastienda serían las hacedoras de nuestra cultura en el incesante juego de sus intercambios exogámicos.

*Los lachos andariegos, fuertes y sumisos* de Jorge Pinto dan cuenta de una realidad específica a la zona norte de nuestro país, pero bien pueden reflejar un cierto repertorio de atributos masculinos y de constitución del género masculino. Es notable la mimesis que el autor establece cuando subtituló su artículo como el “testimonio de un historiador” (recordemos que testimonio significa testigo de una situación, alguien que ha vivido algo y lo cuenta). En ese sentido este texto tiene un doble valor, el de la cercanía con el “objeto” y el de dar cuenta de una historia. La idea central de Pinto es que la figura del lacho representa desde antiguo el machismo, un machismo que es legitimado por las propias mujeres. Los lachos eran hombres que vivían con mujeres que tenían “vida licenciosa”, a las cuales protegían y de las cuales obtenían una “relación afectiva que les diera sentido a su existencia”. Para el autor ser hombre significa “beneficios y presiones” que implican un continuo desdoblamiento que los impele a la búsqueda del afecto. Así el dominio ejercido, por un lado, y la búsqueda de afectividad, por el otro, serían los dos motores que impulsan la vida del hombre nortino. Esto se ve en el minero como macho dominante, pero que a la vez llega hasta la Virgen con toda la fragilidad y pre-

cariedad de un devoto que está sujeto a dramáticas contingencias. Asimismo por influencia del medio, este macho dominante y sumiso a la divinidad es también un andariego: “en ese medio se fueron fraguando conductas que quizás derivaron en un machismo que alterna las figuras del hombre fuerte, capaz de aventurarse por tierras desconocidas en busca de sustento, con la del macho seducido y aplacado por una mujer...”

*Machismo y sadomasoquismo del género.* Eduardo Devés retoma dos ideas en su artículo. Por una parte, la mentalidad machista de los mineros en Santa María de Iquique, y por otra la relación perversa entre una torturada y sus torturadores. En el primer caso Devés sostendrá la tesis de que el machismo –en tanto ideología de género que implica valentía, conducción, penetración, osadía– fue uno de los motivos centrales que impulsaron a los obreros de Santa María en Iquique, a principios de este siglo, a inmolarsse: “eran pampinos, rotos, machos, habían dicho que no se movían y no se moverían”. Según el autor, el “orgullo, el empecinamiento y el mesianismo los enterró”. Tras ello estaría la noción de “sacrificio” como forma de conceptualizar la derrota, lo cual implica que se niega la realidad presente para afincarse en la victoria como futuro. En el segundo caso, el autor tematiza el vínculo masculino-femenino en Chile a través de la alegoría de la “Flaca Alejandra”. Se trataría de una relación sadomasoquista en donde las “hembras golpeadas y humilladas, (pero que) soportan enamoradas la bota que las pisotea mientras gimen lastimeros refranes de venganza”. Esta relación según el autor permite analizar el nexo que ha tenido Chile con su dictador Pinochet. Es decir, se hablaría de un modelo de género que permite conocer las formas de estructuración de las relaciones del país con el poder fáctico.<sup>5</sup> Se

---

<sup>5</sup> Es interesante señalar la relación entre el pensamiento de Bengoa y Devés respecto al principio integrativo de la subordinación, el cual tendría un correlato en las relaciones de género como mezcla de amor/odio, de atracción y humillación.

establece así una forma de pensar en dónde lo erótico y lo político se conjuntan para comprender la legitimidad del dictador en tanto figura icónica y real que ejerce su potestad de macho castigador. La clave simbólica que daría la Flaca Alejandra radicaría en su capacidad de condensar el perdón y la reconciliación, la falta de principios y la capacidad de sobrevivencia.

El amor nos agarró y nos estrujó como a limones  
desesperados, yo ando lamiendo su ternura...

Es posible apreciar que las tematizaciones sobre el género masculino que realizan los autores oscilan entre dos vertientes: por un lado, en la necesidad de re-elaborar los atributos polares asignados a los géneros, y por el otro, en la ambigua constitución de la masculinidad y de las relaciones entre hombres y mujeres. Asimismo es destacable el hecho de que las formas en que se dan las relaciones de género sirven de modelo para comprender las maneras en que se estructura el poder, la política, la economía, la historia.

Un punto es absolutamente sensible, a saber, el “malestar” que provoca el asumir un rol, que como diría Badinter, hay que estar “fabricando” constantemente; desde la obsesión angustiosa del Don Juan que necesita siempre una nueva mujer, hasta el lacho nortino que se debate entre el dominio y la sumisión, pasando por el “macho” triste que es despojado de su poder (equivalente a la ausencia del padre como figura constitutiva de modelos de identidad de género).

Es notable el acento en un fenómeno que, al parecer, está muy ligado con nuestras particularidades culturales: me refiero al hecho de que hay un cierto pensamiento común respecto a la ambivalencia de los géneros. Es decir, nada es completamente unívoco: el macho violento y castigador se puede transformar en un infeliz (el lobo, los obreros pampinos, el lacho y el macho

triste, según Guzmán, Devés, Pinto y Oses); la mujer humillada, subordinada y violada; se puede transmutar en la madre poderosa, en la torturada que sobrevive, en la mujer transmisora de cultura (de acuerdo a Guzmán, Devés y Bengoa).

Asimismo, hay otro fenómeno que es tematizado como ambiguo, entreverado. Las relaciones entre hombres y mujeres, que pueden estar teñidas de poder, dominación y violencia —con su correlato de odio y aversión—, pueden entrañar al mismo tiempo seducción, amor, pasión (como lo sostienen Guzmán, Bengoa y Devés). Así se produce una gran complejidad para entender los fenómenos de vínculos de género interclase, interideologías o interétnicos. Podríamos decir, con Pablo de Rokha, que el amor es el que estruja a hombres y mujeres como limones desesperados, que la dialéctica amor/odio opera —y que bien puede ser una buena clave para estudiar los fenómenos de violencia que atraviesan las relaciones de género en muchas épocas históricas—.

Por último, creo de enorme importancia esta ventana que abren los artículos de *Diálogos sobre el género masculino en Chile*, toda vez que nos permiten atisbar el rico y complicado laberinto de un tema como el de la construcción de lo masculino que nos lleva al del género como elemento constitutivo de nuestra vida social. Las singularidades que presentan los análisis dan cuenta de que la cultura y la historia son claves para entender cómo es que hombres y mujeres habitamos en este mundo y que hay particularidades que es preciso explorar y profundizar. Ojalá sea este un primer camino y un estímulo para una reflexión más sistemática y que aunque el amor nos haya estrujado como limones tenemos la esperanza de lamer su ternura.

## Los alardes de la virilidad

Darío Osés<sup>1</sup>

Una de las cosas que me inquieta de la sexualidad es su carácter suntuario a la vez que natural. Es un lujo inventado por la naturaleza. Podría decirse que es necesaria para la reproducción, pero no es así: la sexualidad es un puro lujo. La reproducción no tendría por qué ser sexuada. En su origen fue asexuada, y esta forma tiene muchas ventajas sobre la otra. Cualquier mutación favorable, adaptativa, puede reproducirse de inmediato en un organismo asexuado. En los sexuados, en cambio, estas mutaciones diluyen su efecto en las generaciones siguientes. De hecho —como apunta Robin Fox, de la Universidad de Rutgers—, los organismos que se reproducen por el sexo, si entran en competencia con los de reproducción asexuada, teóricamente debieran desaparecer.

¿Por qué no hemos desaparecido junto con los monos, los cocodrilos, las jirafas y todas las especies que han elegido este camino agotador de procrear por el sexo? Es un misterio. Y esta es otra de las condiciones de la sexualidad: lujo, desgaste inútil, misterio.

A menudo se relaciona directa y proporcionalmente el sexo con la vida. Esta es otra verdad a medias. Porque muchas veces el sexo trae muerte. La pareja que copula en el mundo animal queda tremendamente expuesta a los depredadores. Los

---

<sup>1</sup> Escritor y periodista. Director Biblioteca Central Universidad de Chile.

machos que compiten por las hembras suelen matarse y esto no sólo ocurre entre los animales sino también en las sociedades machistas humanas; las rancheras mexicanas están llenas de peleas a muerte por una pérfida ingrata. Los hábitos de acoplamiento de algunas especies incluyen como capítulo final la muerte del macho decapitado o devorado por la hembra. Y los acoplamientos entre hombre y mujer suelen sobrecargarse innecesariamente de celos y ansiedades posesivas, y el resultado, muchas veces es que los crímenes pasionales tiñan las primeras páginas de los diarios más populares.

Tal vez podría justificarse el sexo por el placer que su práctica entrega. Pero tampoco es tan así. Porque lo cierto es que la sexualidad es fuente de los peores padecimientos del hombre y la mujer. Casi todos nuestros problemas derivan de esta necesidad de aparearse con el otro, de tener que tomar en cuenta al otro para vivir. Alguien dijo que la pareja humana consiste en un hombre y una mujer que se juntan para resolver la inmensa cantidad de problemas que nunca hubieran tenido si no se les hubiera ocurrido juntarse. Habría que agregar, además, que casi siempre salen malparados en este intento. Es decir, no sólo no resuelven nada —ni aún con ayuda de siquiatras, curas y otros asistentes especialmente entrenados para estos menesteres— sino que además terminan lesionados.

Freud dice por ahí que el hombre es un ser primariamente traumatizado por la presencia exterior e interior del mismo hombre. Podríamos agregar que el hombre es un ser traumatizado por la presencia de la mujer y viceversa. Es decir, la mujer sería a su vez un ser traumatizado por el hombre.

Creo que el mito de la caída tiene que ver con la división del mundo en un principio masculino y otro femenino. Esa fue la verdadera pérdida del Paraíso que es un estado anterior al de esta fractura, un estado original en que estos dos principios estaban integrados. Me parece que Aristófanes habla de los seres andróginos originales. Y en otras culturas también apa-

recen estos andróginos a los que se otorga una categoría superior por el hecho de integrar esos dos principios.

Hay distintos modos de hacerse cargo de esta condición incompleta en que hemos quedado después de la caída. Una de las más torpes es la que asume nuestra cultura. En ésta, desde los mitos griegos y hebreos, la mujer aparece como la responsable de la introducción del mal en el mundo. Piénsese en Eva y en Pandora. De ahí partimos: hay dos principios situados en polos opuestos: masculino y femenino. Este último trae el mal, el dolor, la muerte, por lo tanto el masculino tiene que dominarlo y evitar que siga propagando calamidades, y también debe enfrentar con estoicismo viril las consecuencias de vivir en un mundo imperfecto, donde debe ganar el pan con el sudor de su frente, etc. Aquí está ya la idea del dolor, de la exposición a un mundo lleno de asperezas y amenazas, y por supuesto la idea de la vulnerabilidad ante la muerte, todo lo cual sería producto de esta interacción desastrosa, pecaminosa entre hombre y mujer. Ellos se empeñan en prolongar tortuosamente una creación ya degradada y caída desde su antigua condición perfecta.

La relación masculino-femenina se presenta desde el principio en términos de conflicto; se habla de conquista, liberación, sumisión. Hay, por lo tanto, una construcción de identidades masculinas y femeninas fuertes, luego hay un atrincheramiento en esas identidades, para desde ellas hacer la guerra, para conquistar al otro con tácticas y estrategias estudiadas y decantadas a lo largo de siglos.

Existen formas más inteligentes de salvar esta fractura traumática de las identidades sexuales definidas y distantes. El budismo tántrico, por ejemplo, tiene un programa místico que propone la recomposición del matrimonio esencial hombre-mujer, como la posibilidad de superar las polaridades en que se bifurca a cada rato el mundo: acción-contemplación, luz-tinieblas, tierra-cielo, bien-mal, etc. La causa de esta fractura sería la polaridad esencial masculino-femenino, de modo que si ésta

se logra superar, si se consigue “arreguntar” a este matrimonio que en algún momento se divorció, podría recobrase la unidad original, es decir, el Paraíso. Así, todas las prácticas del tantrismo, la sexualidad sacralizada y los ritos orgiásticos, se orientan a alcanzar la iluminación que nos devuelva al estado anterior, a la bifurcación del mundo en polaridades irreconciliables.

Creo que por ahí van también los esfuerzos que se hacen en las propuesta orientadas a deconstruir las identidades sexuales inamovibles, y ver al hombre más bien como un continuo masculino-femenino. Claro que esto despierta tremendos miedos y enormes resistencias, en especial de nosotros los varones, que siempre hemos sentido nuestra trinchera varonil vulnerable, amenazada por los horribles fantasmas de la homosexualidad, pecado que implica una nueva expulsión, esta vez del paraíso de la camaradería masculina y de su red de complicidades y lealtades.

Hay un mito que parece resumir el drama del ejercicio agotador que representa esto de ser hombre. Es la historia de Don Juan. Se trata de uno de los relatos más contados y de las más diversas maneras, desde las versiones folclóricas, hasta las teatrales, las más conocidas son las de Tirso de Molina, Zorrilla, Molière, Goldoni, Dumas, Pushkin y Rostand –hasta las musicales–, la famosa ópera de Mozart y el poema sinfónico de Richard Strauss y las cinematográficas. Una de las primeras películas de Bergman se llama *El orzuelo en el ojo del diablo*. Trata de la desesperación que le baja a Lucifer cuando sabe que en la Tierra hay una mujer que está a punto de llegar virgen al matrimonio. Para impedirlo saca de la parrilla a Don Juan, que está ya algo gastado, y lo manda a seducir a la virtuosa novia. Hace poco, además, se estrenó con mucho éxito la película *Don Juan De Marco*, una nueva fantasía sobre este viejo seductor.

Don Juan es de alguna forma el paradigma de la sexualidad masculina, fálica, aventurera. Ahí está el hombre al que más que el amor le interesa la seducción, casi como una hazaña



deportiva, como una forma de poner a prueba sus capacidades de galán. Mientras más obstáculos tenga la carrera hacia el lecho de la mujer, tanto mejor. A Don Juan le interesan las mujeres difíciles, los amores prohibidos, porque, además de la prueba, lo excita la trasgresión. Es un ser desafiante, que quiere hacer imperar las exigencias de su energía sexual por sobre todas las convenciones y las normas sociales. Desafía hasta el orden sobrenatural. Por eso es aplastado por la estatua de un rival que viene del mundo de los muertos.

El ideal del donjuanismo es una utopía inalcanzable: seducir a todas las mujeres apetecibles. Por eso su peor castigo es el envejecimiento, que no es otra cosa que el tiempo que se encarga de señalarle sus límites. De modo que si antes no es aniquilado por alguno de sus numerosos enemigos de este mundo o del otro, a Don Juan lo espera una triste suerte de galán crepuscular, de macho anciano, que verá cómo a su alrededor sigue renovándose la provisión de mujeres deseables, sin tener ya las armas ni los encantos para seducirlas.

El mito de Don Juan tiene un componente atávico, que viene de la tribu, de la horda, y antes aún de la manada, donde el macho más valiente, el que hace más alarde ritual de sus atributos viriles, es el que tendrá acceso a las mejores hembras. Pero aquí también hay un límite, porque las hembras tienden a rechazar al Don Juan exagerado, al que es demasiado agresivo y pone en peligro la organización de la manada o de la tribu, de manera que se lo excluye y se lo condena a una vida solitaria.

Este macho agresivo y solitario, desterrado por peligroso, me interesa en este momento como personaje literario. En algunas de las tantas novelas en que aparecen personajes donjuanescos, se asoman de vez en cuando estos don juanes exacerbados. Me acuerdo, por ejemplo, de *Los reyes del mambo cantan canciones de amor*, de Oscar Hijuelos. El protagonista es precisamente uno de estos machos que no reconocen medida ni límite. No sé si ahí o en otra obra hay una imagen muy

adecuada: la del hombre al que su propio falo arrastra como si fuera un perrito inquieto que tira de la cadena y hace estropicios y crea problemas por todas partes. Es el hombre que vive el drama de no poder establecer relaciones estables, ni familia y que en todos los grupos, de amistad, trabajo o de lo que sea, crea problemas porque trata de seducir a todas las mujeres que se le pongan al alcance. Esta es una de las formas patéticas de la masculinidad.

Hay otro tópico interesante, que también me concierne, y que es el del macho agresivo que tiene que competir, no ya con otros machos, sino con el poder o el dinero. Porque en algún momento los atributos masculinos comenzaron a ser sustituidos, en la competencia por conseguir a las mejores mujeres, por la disponibilidad de bienes materiales. El macho contra el dinero por la conquista de la mujer, es el tema de *Picnic*, la película de la Kim Novak y William Holden. Ahí gana el macho, gana el que se queda con la mujer. Habría que recontar todas estas historias desde el punto de vista de la mujer: su triunfo sería quedarse con el dinero de uno y con las virtudes amoratorias del otro. Un poco lo que hace doña Flor.

Me gustaría hablar sobre los alardes rituales y de cómo los viví. Desde la adolescencia para adelante empecé a padecer esta exigencia de ser hombre, es decir, de acercarme al modelo sacrosanto de Don Juan. Siempre me repugnó esta prueba de la conquista de la mujer, para la cual me sentía absolutamente inepto. Pero si no lo hacía quedaba disminuido frente al grupo de pares. La alternativa era el puro alarde, la mentira. Había que contar al menos algún lance con empleadas o prostitutas, que fueron las dos grandes iniciadoras en el sexo a los efebos de mi generación. Yo tampoco aceptaba inventar historias ¿Por qué iba a tener que estar rindiendo examen de eso? De modo que frente a mis compañeros de colegio quedé reducido a algo así como un homúnculo, baldado por su castidad y por su ineptitud para superarla.

El grupo de hombres, el club de Tobi, esas cerradas logias masculinas, también tienen algo de atávico. Muchas veces se crea en oposición a otros grupos de hombres —pandillas contra pandillas—, pero también, casi siempre como una manera de excluir a la mujer y de librarse de sus influencias. Dicen que durante mucho tiempo hubo una sociedad matriarcal en la que el hombre respetaba sagradamente la potencia femenina puesto que le atribuía toda la fecundidad, tanto la de la tierra como la maternal. Entonces el hombre no asociaba el acto sexual con la procreación, de modo que se sentía excluido de este proceso, y, por lo tanto, como un ser bastante inferior en cuanto a funciones y a poder sobre la naturaleza. Pero de pronto se dio cuenta de que él tenía un papel activo en la reproducción. Fue una especie de despertar del falo, y yo creo que ese ha de haber sido uno de los más grandes trastornos en la prehistoria humana: el momento de la rebeldía masculina, cuando los templos de las sacerdotisas son arrasados, y las reinas sustituidas por reyes. Hay muchos relatos míticos que dan cuenta de esta transición que parece haber sido bastante violenta. Incluso hay un relato selknam según el cual las mujeres, durante mucho tiempo se habían disfrazado de demonios para asustar a los hombres y mantenerlos sometidos. Pero un día éstos descubren la artimaña, la desbaratan y asumen el poder.

Así, yo siento que las complicidades y lealtades que cohesionan a los grupos masculinos de amigos, de camaradas, de regimiento, compañeros de colegio o lo que sea, tienen algo que ver con la secta secreta que se constituye para mantener el poder, y tienen que ver, desde luego, con un ancestral miedo al dominio que algún día ejercieron las mujeres.

Yo, como todos los pobres hombres de esta tierra, sufrí las ineludibles ceremonias de iniciación a que los otros hombres lo sometían a uno en el colegio o en la Universidad. Las clases de gimnasia me cargaban precisamente porque tenían esa carga insoportable de fraternidad masculina. Nunca me gustaron

esas manifestaciones groseras, burdas de virilidad. Tal vez por eso odio los autos, que son como la envoltura o la coraza del macho. El pasar a los demás, el ostentar velocidad o potencia, o llamar y saludar a bocinazos es una típica manifestación de la falta de refinamiento, por no decir la ordinariez, que tiene esta forma de masculinidad inmadura.

Cuando estuve en el colegio, aun cuando era un liceo mixto y bastante abierto, sufrí en alguna medida esta exclusión y fue verdaderamente traumático cargar con el peso de mi virilidad puesta en duda a cada rato porque no me gustaban los puñetes ni las revistas de niñas piluchas ni el fútbol, y porque me gustaban en cambio la música clásica y la poesía. También me gustaban los árboles, los pájaros y las flores, pero eso lo mantenía en el más estricto secreto porque cualquier hombre al que no le gustara el fútbol y le gustaran las flores pasaba a ser altamente sospechoso. Ahora, a mí me gustaban las mujeres, pero mucho más allá de la piel. Me gustaba, por ejemplo, la Greta Garbo por su rostro, por lo que sugerían sus expresiones faciales. Entonces proclamé eso: que me gustaban las mujeres sublimes y ahí me rotularon de chiflado, lo que de cualquier modo era preferible a ser sospechoso de “poco hombre” o “mariquita”.

Después me decidí a cultivar la virilidad con cierto refinamiento. Entré a estudiar Judo, un poco para conjurar también la amenaza de esos matones que nunca faltaban en el curso, los que se erigían en comisarios de la masculinidad y te sometían a todo tipo de test y pobre que salieras reprobado.

Más tarde, inevitablemente tuve que conocer los prostíbulos. Ese es uno de los templos donde sesionan las logias varoniles. Allí las mujeres están consagradas a los hombres, están disponibles para hacer lo que ellos quieran. Cuando empecé a hacer mi práctica de periodista en un diario, la salida del turno de noche solía desembocar directamente en un burdel. La primera vez que me llevaron yo iba muerto de miedo. Pensé que

iba a sumirme en el fango de la concupiscencia, a contraer enfermedades, adicciones y todas esas cosas. Pero me di cuenta de que no era así. Los hombres iban principalmente a conversar, a reírse, a tomar y a reafirmar su poderío sobre las mujeres. A veces pagaban para que ellas hicieran escenas eróticas, que eran tan artificiales, que nadie que estuviera medianamente sobrio se las creía. Pero eran parte del rito, del alarde, del nosotros pagamos y podemos hacer lo que queramos con las mujeres.

Todas esas forzadas incursiones en los mundos masculinos me daban miedo. Yo siempre preferí la amistad de las mujeres —otra cosa que me hacía sospechoso— o de los grupos en que había mujeres, cosa que moderaba esa ansiedad por demostrar hombría adolescente, tomando hasta quedar botado o agarrándose a puñetes con otros, o corriendo en auto y estu-pideces como esas.

Otro de los alardes del grupo masculino era el desprecio a la mujer. Esta era una especie de artículo que uno tenía cuando quería tener y que luego desechaba. El dejarse agarrar por una era signo de debilidad. Lo ideal era usar y descartar a muchas. El donjuanismo puro.

Esto era reforzado por una cultura de la muerte que cundía por todas partes. Por ejemplo, desde las películas de vaqueros —en ese tiempo estaban de moda los spaghetti western— que proponían héroes perversos hasta el sadismo y estoicos frente al sufrimiento, e incluso por la educación formal, llena también de héroes a los que mutilaban o hacían sentarse en una picana, o terminaban malheridos o hechos picadillo, pero felices porque lo hacían por la patria.

Todas estas experiencias más bien tristes me indujeron a tipificar, precisamente, mis *Machos Tristes*, como el estado de ánimo en que queda el macho cuando sus alardes se agotan y empieza a sentir la ausencia y la necesidad de la mujer.

Me llamó mucho la atención lo que ocurrió con el Golpe. Creo que éste puso a prueba la vieja cultura machista nacional.

Los machos tristes son machos subordinados, machos que tienen la obligación de portarse bien porque de pronto se imponen otros machos más poderosos, que tienen ametralladoras y tanques, y que son los únicos que pueden salir de noche. Los demás son machos con toque de queda, que deben volver obedientemente a encerrarse en su casita, junto a la mujer y a los hijos.

De manera que el macho triste es el que ha sido aplastado y no tiene posibilidad de levantar cabeza ni de mostrar los dientes porque ya no le quedan dientes. Es el macho que de la noche a la mañana cambia sus alardes de virilidad, por rituales de sumisión.

Creo que para muchos la construcción de esta masculinidad inmadura —que pasa por todos estos ritos, alardes e iniciaciones— es un proceso traumático, desgastante y que no sólo es inútil sino que resta libertad, reduce horizontes, achata la vida y hace improbable llegar a tener alguna vez una buena relación de pareja, fundada en cosas menos burdas que el dominio y la subordinación.

## Sobre una nueva masculinidad o el padre ausente

Marco Antonio de la Parra<sup>1</sup>

Siempre he creído que es el discurso lo que delata la carencia. De aquello que se habla es de lo que no hay, el sufrimiento busca las palabras. Ya son años que esperaba un encuentro así, dónde revisar el estado intrínseco de mi infancia, estaba relativamente claro aunque ya era —y yo no lo sabía como con tantas otras cosas— una imagen en retirada, el eco, el miembro fantasma de una amputada idea del mundo. El resto fue la guerra de los sexos, la ideologización de los sesenta y el auge del feminismo que puso en jaque las posturas ya bastante endebles de esa definición de género.

¿Dónde está ese ser hombre? ¿Dónde se aprende? ¿A qué se asocia? ¿A qué extraño gesto se atribuye su exclusividad o por lo menos su preferencia?

Mi escuela no ha sido la mejor. He crecido en un mundo, ese que llaman el mundo moderno, cuyo estilo ha sido la destrucción de los límites, el continuo zamarreo de los códigos, la puesta en tela de juicio de todo orden establecido, la abolición de las diferencias y la transgresión como norma.

Casi toda la modernidad ha sido un discurso tejido en contra de la figura del Padre. Y es a partir de la figura del Padre de donde aprende el hombre a ser hombre y donde se defiende la masculinidad en cada época. Mi padre no lo pasó bien tampoco, su propio padre era una figura absolutamente ausente, una

---

<sup>1</sup> Escritor y Psiquiatra.

especie de sheriff en un pueblo al interior de Los Angeles, los del Bío-Bío, no los de USA y dejó de verlo para siempre a los nueve años producto de la emigración a la capital junto a sus otros hermanos, todos hombres que debieron aprender entre sí, como grupo, en el relato de la madre, lo que un hombre era.

Porque, lo cierto, es que el Padre aparece por primera vez en el relato materno. En su amor o en su resentimiento, en su resquemor o en sus deseos, es la madre la que habla al hijo del Padre, la que abre un hueco para que el Padre se establezca como valor o como sanción, como amenaza o ejemplo, como peligro o salvación, y sepa el niño cuál es el valor masculino más precioso, eso que necesita la madre, que él no puede darle y su padre sí y que cuando sea mayor sí podrá hacerlo. La educación familiar, durante demasiado tiempo tal vez, ha trabajado con la idea de un Padre a la distancia que la Madre conjura y él tan sólo confirma, atrapado en la malla del rol social de proveedor o sentencioso o juez o gobernante o distante dueño del castillo mientras el niño y/o la niña esperan en su gesto la confirmación de su identidad sexual, su atractivo o su fortaleza.

La revolución industrial comenzó el ataque a la figura paterna con la devaluación del trabajo físico. Antes de eso el padre era el hombre cansado por el trabajo, la cacería, el viaje, la dura faena, la jornada, el territorio atravesado a grandes zancadas, el cuerpo viril como prueba de una labor auténtica repleta de sentido vital y no obra de la faena narcisística del gimnasio. Eran tiempos en que el cuerpo era herramienta y no ornamento, los pechos daban de mamar y los músculos resistían la naturaleza. La abstracta labor de papeles y cifras, bendijo el intelecto y el espíritu y diluyó la figura viril tal como la figura de la madre ha sido diluida por la revolución post-industrial, lo que será el tema de las próximas charlas, en qué quedó ser madre hoy en día.

Este ataque a la figura del Padre era tal vez hasta justificado en su dureza y estrictez, la crueldad del patriarcado, la agresividad impuesta como valor de cambio. De alguna forma, la venganza de siglos de distancia del pater familia, el comienzo



de una crisis que ha tomado un siglo. La *Carta al Padre* de Kafka relata el dolor de generaciones ante un padre cuya presencia es temida, lejana y aplastante y tal vez encarna la primera mordida de lo que latería bajo el avance de la modernidad: la creatividad por encima de la adaptación, lo nuevo por sobre la tradición, el progreso como infinito que no se detiene en ser sencillamente como la generación anterior. El Padre se transformó en el Viejo y no precisamente en el Viejo Sabio, sino en el desecho.

De mi infancia guardo los recuerdos de las últimas generaciones de Padres que crecieron en la camaradería masculina castigada con estar lejos del hogar. Digo castigada pues, si bien ejercían cierta crueldad en el relato de la madre (ya verá cuando se entere tu padre, ya verás cuando llegue), también estaban exiliados en el mundo de un trabajo borroso, lejos de las satisfacciones de la relación con los hijos a los cuales se enfrentaban con la mirada torva y oblicua en que se lee el origen de la tragedia. Algún día tú serás mi asesino o, con suerte, el que venga mi muerte.

Cada vez era más difícil poder decir: algún día todo esto será tuyo ante unas propiedades que se volatilizaban y un ascenso social más dudoso y cada vez más había padres que confesaban su temor al desarrollo de un hijo más hábil, más culto, más refinado y más dotado por el desarrollo tecnológico. La situación actual es pavorosa. Pongámonos delante de un computador y comprobemos cómo la coordinación mano-ojo plantea una diferencia generacional que ya no es la torpe batalla de los sesenta sino el cruel abismo entre un siglo y otro. De mi parte atesora muchos recuerdos, sin embargo, aunque la imagen de alguien que llega tarde a casa y arrastra las zapatillas de levantarse los domingos carraspeando en el pasillo se impone duramente. Es como si el Padre, esa figura que todo lo sabía y que todo lo determina, ya mostrara el efecto de la carcoma de la duda metódica puesta al servicio de la utopía moderna que anunciaba el paraíso en la tierra a costa de pensar siempre de otra manera. Confieso que hubiera querido hablar mucho más

con él y que muchas veces me hizo falta. Cuando siento mi propia virilidad estremecerse vacilante, registro su ausencia, me duelen sus siestas, el hipódromo, el dominó, todos esos encuentros de los cuales mi niñez se sentía excluida prometiendo un secreto al que ninguna iniciación me condujo.

No hablaré de mi historia personal pero, sin duda, la zozobra permanente de una ley a la que ceñirse creo que no produjo muchos vacíos. Esto puede sonar reaccionario, la nostalgia de la autoridad que no quiere decir del autoritarismo. Incluso son palabras que en los años de mi adolescencia, mis años parricidas, habrían sido anatema, sospecha de pertenecer a una pequeña burguesía opresora y criminal, causa de excomunión del credo revolucionario al que todos deberíamos adherir.

Creo, hoy en día, que tanto ataque al Padre produjo justamente el fenómeno contrario, la nostalgia de la autoridad llevó a la aparición de figuras autoritarias y la necesidad de ley, tiranía y violencias. El hambre de Padre de nuestra época puede generar falsos ídolos sumamente sociales o integristas sin salida.

Por otra parte, la civilización en sí, su propio desarrollo, arrastra una suerte de desvitalización de vida, se detiene la selección natural como categoría organizadora, los más débiles consiguen un espacio e incluso comienzan a imponer su presencia. La democracia ya no es el gobierno de la mayoría sino se trata ahora cómo gobernar con y por las minorías. Los excluidos, los más preparados, los genéticamente incapacitados, descubren intersticios sociales desde donde presionar. El elemento guerrero, sublimado en la masculinidad, en su apariencia, en su golpe sobre la mesa, en su tono de voz marcial, en su apostura, se diluye como valor.

El terreno de la gastronomía, que tantos signos culturales recoge, demuestra los cambios sufridos. Aunque desde antaño los grandes chefs hayan sido hombres, la cocina era un territorio femenino, un lugar donde la mano de la mujer se

manifiesta y el hombre no entraba sino a proveer la materia prima. La cocina, metáfora de la cultura como transformación de lo natural en artificio, de lo crudo en cocido y de lo disperso en único, estaba en manos de las mujeres. Artesanía que bordeaba la condición de arte, colocaba al jefe de la mesa como el comensal más importante y el Padre en la cabecera de la mesa era quien recibía el mayor trozo y quien abría la cena a un gesto suyo, oración incluida o simplemente con una palabra. Entre los hombres podíamos encontrar a grandes comedores, excelentes gourmets, conocedores eximios; pero lo habitual era cierta rudeza asociada a la masculinidad, cierta sensibilidad aplastada por una vida rústica, la necesidad de grandes platos que chorrearan por sus bordes y, sobre todo, una fuerte carga proteica acompañada de bebidas alcohólicas que probaran la solidez de una cabeza capaz de resistir la embriaguez y el desvarío. Otra señal de que el padre representaba la Ley, la que no debía variar ante las tentaciones. La fortaleza era la consistencia y la coherencia, la tradición y el respeto. Al Padre se le trataba de usted, rara vez se pronunciaba su nombre de pila y la jerarquía era clara y nítida como el Muro de Berlín. A un lado estaba el bien y al otro el mal.

El único momento en que los hombres cocinaban, tenía que ver con la carne y el asado. La costumbre aún subsiste y conserva restos de las comidas de campaña y de la antigua cacería, aunque ahora se limite a un viaje al supermercado donde en lugar de correr tras el mamut se empuje un carrito cargado de abarrotes y la carne roja esté faenada limpiamente, sin huellas del dolor ni de la muerte. Los hombres preparan el fuego en el estilo más primigenio y se reúnen cerveza en mano alrededor aunque haga un calor de mil demonios. Es inevitable que surja la discusión sobre las diversas técnicas para avivar la llama y conseguir las mejores brasas. El hombre jamás ha dejado de competir, su dependencia de los signos exteriores de poder lo empuja a la rivalidad, y la conversación se teje sobre

las maneras de preparar el asado. Tanto la humareda como el olor invasor son restos salvajes que abren el apetito de tiempos añorados de nomadismo y violencia con sentido en que la agresividad no era meramente reprimida o expresada sino que, incluso, conducía a una mejor adaptación. El perfeccionismo femenino abre ventanas, ventila, teme por el olor que se adhiere a los tejidos y al cabello.

El asado, de pobre elaboración gastronómica, ha sido durante mucho tiempo el momento masculino por excelencia tanto en su preparación como en su consumo. Pero los tiempos han cambiado y el hombre ha entrado en la cocina, se ha puesto delantal y ha descubierto el mundo de repliegues y matices, ese neobarroquismo en que vive la mujer que prefiere la línea curva a la recta, el dobléz a la planicie y el fragmento a la secuencia lineal. Son tiempos de la intuición más que de la conclusión aplastante y menos de la argumentación categórica, son tiempos del debate abierto y del cambio de opinión. La rigidez dogmática ya no le dice nada a nadie. La feminización de las costumbres ha enriquecido el rol del hombre y ahora es todo un valor agregado el varón que sabe cocinar, que maneja recetas privadas, que descubre nuevos sabores agregando tal o cual especia.

La publicidad, conocedora y creadora de los signos de nuestros tiempos, muestra al hombre encendiendo las velas de una cena privada, atento a la alarma del horno, tanteando la sopa en la cacerola mientras su invitada viene vestida de traje sastre con un maletín ejecutivo y, no nos extrañe, hasta flores en su mano. El hombre ya no es el único que sabe de vinos y la embriaguez ya no es patrimonio iniciático de muchachos. La cocina es hoy un territorio bisexual donde se encuentran marido y mujer (o los dos miembros de la pareja, ya el matrimonio es sólo una opción más) y donde surgen interacciones nuevas, sin roles fijos, que la tecnología sublima eliminando diferencias antes tan precisas. Incluso se borran los límites entre el

comedor y la cocina en el diseño arquitectónico y la mesa redonda destruye las jerarquías al centro de un espacio común donde la familia convive recibiendo un ejemplo mucho menos riguroso de lo que es un hombre y una mujer.

Las costumbres vegetarianas, la pacificación de todos los hábitos está por arrasar con las dietas carnívoras, el ecologismo, esa ideología verde a donde han ido a parar muchos que alguna vez fueron rojos, todos los nuevos estilos, prometen un panorama muy distinto y un encuentro hombre-mujer, si bien más divertido, también con nuevos temores por resolver. Estamos entrando a otra era.

Como resultado, los hombres hemos ganado en afecto, en delicadeza, en recato y pudor, hemos descubierto toda la belleza del detalle y el arte, siempre complejo, de la demora. Las mujeres han aprendido a tomar la iniciativa, a competir cuerpo a cuerpo y a opinar esperando ser tomadas en cuenta. Nada de esto es indiferente y nuestra generación sufre las consecuencias de un cambio aún no del todo asimilado. Si durante mucho tiempo el rol masculino tradicional hizo sufrir a la mujer, el nuevo rol femenino está abriendo nuevas heridas y no ha dejado en buen pie tampoco al hombre. No sabemos mucho qué hacer con nuestra agresividad y nuestro afán competitivo, tan brutalmente devaluada la primera y desprestigiado el segundo, delatado como fuente de vicio (los trabajólicos) y sólo permitido en el encuadre de la sociedad de libre mercado, último reducto de algún tipo de salvajismo. Incluso la competitividad empresarial ha revelado su huella estresante y patógena y hasta el narcisismo más desatado está encontrándose metido en un callejón sin salida. Hace demasiado rato que ganar ya no es importante y hasta los deportes han perdido su poder simbólico para contener la agresión.

Bajo todos estos cambios sigue latiendo un sueño. El de un mundo pacífico, el de un ser humano absolutamente bueno, cargado de buenas intenciones, que respeta a sus vecinos y

quiere a todo el mundo. Un mundo sin necesidad de leyes escritas donde la bondad florece sola y la ética es natural como la salida del sol por la mañana. Es un mundo sin diferencias. No hay ni ricos ni pobres ni razas distintas ni favoritos por ninguna razón. Es una utopía que desconoce la naturaleza del ser humano y como toda utopía ha mostrado su aspecto perverso. El asalto a los límites ha terminado por afectar diferencias naturales como la del niño y adulto o la de hombre y mujer y la andrógina peterpanesca de Michael Jackson tal vez represente el más logrado sueño de los frutos podridos de la modernidad, lo que es la postmodernidad y está también dejando de serlo. La diferenciación arte-realidad, sueño-vigilia, muerte-vida, eran todos límites que esta razón sin razón pretendía abolir. Entre ellas la diferencia hombre-mujer, así como un enojoso estorbo de la naturaleza que no tuviera asidero alguno y no se pudiera considerar seriamente.

Incluso en el ataque privatizador al Estado, parece repetirse la misma figura. Destruir al Ogro Filantrópico, en palabras de Octavio Paz, al que se atribuyó el rol conductor de la sociedad en aras de una lógica de Mercado que recuerda mucho la ley del deseo omnipotente de la díada madre-hijo, con la consiguiente infantilización del público consumidor a manos de una oferta infinita de deseos y caprichos que convierta el trabajo ya no en un terreno de realización personal sino en un medio de conseguir dinero para obtener satisfacciones espúreas de un estado de voracidad constante e impulsiva.

El mercado, desde este punto de vista, es como una madre loca que no piensa en qué necesita su hijo, sino en entretenerlo y someterlo en una fuerte y constante dependencia sin que intervenga plan regulador alguno que detenga la idea de que no es necesario crecer para satisfacer a mamá, es decir, la estrategia perversa que ataca la lógica del esfuerzo, de la laboriosidad, el ahorro y la postergación de los deseos. El mercado quiere súbditos que no vean saciados sus anhelos y sacraliza lo que se

quiere por encima de lo que se necesita. Se preocupa como ninguna otra ideología de su público, penetra de manera implacable en los instintos más bajos, desobedece toda ley y todo orden en nombre de la ganancia y de ahí tal vez su triunfo absoluto hasta el cierre de esta edición. El Estado fue acusado, justamente, de paternalista y de ahí su derrumbe como también su ceguera.

Las tendencias actuales de corrección de la locura del Mercado lo acercan a un Estado menos megalomaniaco, más cálido y permisivo, de la misma manera que el Padre se vuelve una necesidad básica para las nuevas generaciones. Ser Padres de otra forma, más lúdica, más creativa pero no menos reglamentada. Una manera de manejar códigos y estructuras antes que la obediencia y la rigurosidad antes que la rigidez. Lo serio del juego antes que la esclavitud del trabajo forzado.

Este nuevo modelo de Padre, elaborado a partir de todas aquellas maneras de pensar que han transformado el sentido de la ley y los principios incuestionables, como la teoría de la relatividad, la teoría de la incertidumbre, la teoría del caos, la teoría de sistemas, las teorías de la complejidad, han entregado a los hombres una nueva libertad y nuevas obligaciones.

Lo cierto es que llegó la hora de revalorar la condición adulta tras la infantilización del Mercado y la Juvenilización del Utopismo ideológico en cualquiera de sus orientaciones.

Esta adultez requiere una elaboración depresiva de limitaciones y necesidades. Necesita pensarse por encima de los prejuicios y las ideas preconcebidas. Necesita apertura y criterio antes que postulados y normas. Necesita paciencia y compañía y su gran enemigo es el narcisismo como peste absoluta de las últimas décadas.

El hombre, el masculino de nuestro tiempo, debe recordar el valor de lo adulto incluyendo una nueva camaradería, un rescate de una agresividad sana y un manejo del poder menos canibalístico. El, sin duda, un macho triste (homenaje a mi

compañero Darío Oses) pero, justamente, de esa tristeza emana su madurez y su seriedad. No se puede confiar en quien confía demasiado en sí mismo. Este hombre vacilante, temeroso de equivocarse, que sopesa cada movimiento antes de hacerlo, que se redefine sin desesperación sabiendo que crea un nuevo sujeto, me parece más confiable y menos peligroso que el Padre de tiempos represores y persecutorios. Figura amorosa, con menos resentimiento de su pareja, dispuestos ambos a encontrarse de verdad y asumir así sus diferencias, permitirá un modelo de masculinidad que recobre temas esenciales y se libere de accesorios tan pesados como todo rol polarizado en cualquier sistema.

Ahora, algunas palabras sobre la presencia de lo materno y lo paterno (lo masculino y lo femenino) en el proceso creador o más bien procreados, que, como toda concepción, requiere ambos elementos y nos permite pensar en una posible esencialidad del género cuyo relieve cambie con las épocas y las costumbres pero refiera siempre a una imagen original, la llamada escena primaria.

Para Didier Anzieu, lo materno en el trabajo creador, concierne a sus preliminares: la búsqueda de estimulaciones sensoriales, la exploración, el inventario (refiriéndose a la actividad de dar nombre a las partes del cuerpo), el establecimiento de un primer marco de trabajo y de pensamiento (la creación de un continente) y, sobre todo, “el entrenamiento en el primer juego simbólico, que consiste en la identificada permutación de los fragmentos del cuerpo de la madre entre sí y con los cuerpos del niño y con cuerpos del mundo exterior”. Esto permite el boceto libre con “equivalencias simbólicas o diferenciadas”. Cortázar hablaba del lector macho y el lector hembra. Anzieu plantea la escritura hembra y la escritura macho, dando como ejemplo de la primera *Finnegans Wake* que requería, justamente la penetración de un decodificador “macho”.

La iniciativa y la fuerza para llevar a cabo la obra per-



tenecerían a lo masculino, siendo lo femenino “la continuación y reforzamiento de ciertas características del maternaje: la dulzura del contacto, la flexibilidad de la envoltura, la capacidad de hacer eco, la sensorialidad aguzada, la proximidad de lo psíquico con lo biológico, el valor concedido a lo vivido y a lo viviente”. Anclaría la palabra –y todo otro código– con lo corporal y lo afectivo, aportaría la dimensión de continente no como bolsa pasiva sino como apertura y espera de penetración de una idea greminal fuerte y, finalmente despertaría la aspiración a gustar por la belleza, en lo cual Donald Meltzer pone el origen de la experiencia estética como resultado de buscar repetir el deslumbramiento de la madre por el hijo, la experiencia afectiva de lo bello, de lo conmovedor, de aquello que no se puede expresar con palabras sino que es solamente emoción.

Lo masculino, para Anzieu, deriva de las relaciones que él llama “musculares” con los objetos: voltear el objeto de curiosidad en todos los sentidos intentando formas imprevistas de utilización, hurgar una cuestión a fondo, perfeccionar procedimientos y herramientas que acrecienten fuerza, habilidad y precisión investigadora –subrayando que la preocupación por el método es eminentemente masculina–, provocar, ampliar, vencer los obstáculos, explorar yendo y viniendo, desencadenar una evidencia a través de las manipulaciones mentales. Son todas transposiciones en el psiquismo de la actitud sexual masculina, concibiendo lo central de lo masculino en el proceso creador como la captación de un código, de un encuadre, de una organización estructurada por encima de la tendencia al fragmento del pensamiento femenino.

Para Winnicott, lo femenino es el ser y lo masculino es el hacer. Lo femenino es una experiencia en sí, sin discusión, que parte del amamantamiento, como placer, nutrición, contención, afecto, mientras que lo masculino aparece con el separarse, con el corte, con la distancia, con la necesidad de crear instrumentos que elaboren ese desgarró, como el poder, la palabra como

herramienta, una identidad asentada en la norma, es decir, la ley. Lo femenino está en todos, lo masculino hay que inventarlo y descubrirlo a partir de la pérdida de lo femenino, hay que ir por la confirmación de la masculinidad en sus pares y en sus opuestos. Es un hacer continuo, una construcción que lucha contra esta tendencia tantas veces presente de expulsar o autoexpulsarse de la díada madre-hijo y su tendencia a prolongarse en el tiempo impidiendo que el hijo se haga hombre como sucede en muchas culturas, la nuestra, tal vez, una de ellas.

La nueva era en que estamos entrando ha aceptado mucho más nuestra natural bisexualidad retratada en el proceso creador de Anzieu, entre otros autores, pero al mismo tiempo lucha con la fragilidad de la pareja, afectada por otras razones que sobran a los motivos de este encuentro, y deja nuevamente una larga colección de niños a cargo de uno solo de sus padres, generalmente la madre. Incluso así, creo que la presencia del padre puede ser mayor, de otra calidad y otra categoría en la medida que la nueva masculinidad integra aspectos femeninos y enriquece la experiencia del niño. Es lo que, creo, nuestra generación está haciendo. Cubrir el hoyo negro del padre ausente y estar ahí, aún sin saber cómo, experimentando la masculinidad en plenitud, sin miedo a desbaratarnos al contactarla con nuestros aspectos maternos.

## Ejes de lo femenino/masculino y de lo blanco/no blanco, en dos textos literarios

Jorge Guzmán<sup>1</sup>

Es un verdadero placer que me hayan convidado a hablar sobre la articulación de las palabras “hombre” y “mujer” y de las palabras “padre” y “madre” en el vocabulario chileno, porque es uno de los temas que me parece más interesante en nuestra cultura.

Voy a referirme a la relación “hombre”-“mujer”, “padre”-“madre” que me parece haber en los textos de dos autores chilenos. Creo que es significativa. El primer autor que quiero ver es Gabriela Mistral; el otro es Joaquín Edwards en uno de sus libros: *En el viejo Almendral*. Quiero empezar por mostrar una conexión en un poema de Gabriela Mistral que parece no tener relación, a primera vista, con nuestro tema. El poema se llama “Caperucita Roja”. Debo recordar que todos sabemos que Caperucita Roja ha sido leída a lo largo de las interpretaciones textuales como una relación de seducción o violación. Aduzcamos que, efectivamente, la figura del lobo es una figura que está en el folclore francés y en muchos otros como la del seductor, el que “devora” ovejas. Ahora, las razones para que esto sea así, las encontraremos fuertemente en el lenguaje chileno. Más adelante, en la lectura que propondré de este poema, vamos

---

<sup>1</sup> Escritor y Profesor de Literatura.

a encontrar que en la versión poética del cuento de Caperucita y el Lobo de Gabriela Mistral, los elementos sexuales y eróticos son mucho más intensos, mucho más marcados de lo que lo son en la forma habitual del cuentecito.

Voy a citar el poema, y haré ver en seguida cuánto hay ahí de sexual. Dice:

Caperucita Roja visitará a la abuela  
que en el poblado próximo sufre de extraño mal.  
Caperucita Roja, la de los rizos rubios  
tiene el corazoncito tierno como un panal.

A las primeras luces ya se ha puesto en camino  
y va cruzando el bosque con un pasito audaz.  
Sale al paso Maese lobo, de ojos diabólicos.  
“¡Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas!”.

Caperucita es cándida como los lirios blancos.  
“Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un pastel  
y un pucherito suave, que se derrite en jugo.  
¿Sabes del pueblo próximo? Vive a la entrada de él”.

Y ahora, por el bosque discurriendo encantada,  
recoge bayas rojas, corta ramas en flor.  
Y se enamora de unas mariposas pintadas  
que le hacen olvidarse del viaje del Traidor.

El lobo fabuloso de blanqueados dientes  
ha pasado ya el bosque, el molino, el alcor,  
y golpea en la plácida puerta de la abuelita  
que le abre. ¡A la niña, ha anunciado el traidor!

Ha tres días la bestia no sabe de bocado.  
¡Pobre abuelita inválida, quién la va a defender!

... Se la comió riendo toda y pausadamente  
y se puso en seguida sus ropas de mujer.

Tocan dedos menudos a la entornada puerta.  
De la arrugada cama, dice el Lobo: “¿Quién va?”.  
La voz es ronca. “Pero la abuelita está enferma”,  
la niña ingenua explica. “De parte de mamá”.

Caperucita ha entrado, olorosa de bayas.  
Le tiemblan en las manos gajos de salvia en flor.  
“Deja los pastelitos; ven a entibiarme el lecho”.  
Caperucita cede al reclamo de amor.

De entre la cofia salen las orejas monstruosas.  
“¿Por qué tan largas?”, dice la niña con candor.  
Y el velludo engañoso, abrazando a la niña:  
“¿Para qué son tan largas? Para oírte mejor”.

El cuerpecito tierno le dilata los ojos.  
El terror en la niña los dilata también.  
“Abuelita, decidme ¿por qué esos grandes ojos?”  
“Corazoncito mío, para mirarte bien...”

Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra  
tienen los dientes blancos un terrible fulgor.  
“Abuelita, decidme ¿por qué esos grandes dientes?”  
“Corazoncito, para devorarte mejor...”

Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos  
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón,  
y ha molido las carnes y ha molido los huesos  
y ha exprimido como una cereza el corazón.

Ahora, notemos cosas. En primer lugar, el poema, a diferencia del cuento tradicional, no termina con la salvación de la Caperucita y la abuela. Se acaba allí, con la muerte de ambas. Lo que indica que esto tiene relación con otras cosas. Digamos simplemente que la matriz de este poema es obviamente el verbo “comer”. El verbo comer entre nosotros tiene una serie de contenidos y entre ellos un contenido sexual que todos conocemos y que existe además en toda Hispanoamérica y también en España, y en otros idiomas. Comerse a una mujer es acostarse con ella, poseerla, gozarla. Esto se relaciona, por otro lado, con toda la enorme cantidad de palabras violentas que indican la relación sexual entre nosotros, por ejemplo, que un varón se “sirve” a la mujer. Luego, en una especie de perífrasis de lo mismo, se la “manda al pecho”, que es considerarla ya líquida, consumible en una forma de deglución veloz. También puede ser que “se la zumbe”. Zumbarse a alguien es golpearlo, maltratarlo y disfrutar del mal trato. Pongamos un último ejemplo, todavía más violento, a la mujer “se la monta”. Esto es considerarla a ella como un animal sumiso que es sometido a doma y a servilidad. El conjunto de estos predicados está ciertamente presente en el poema.

Voy a enunciar rápidamente algunos de los elementos sexuales que obviamente están puestos aquí. Primero, vean ustedes cómo es la relación: “Ha arrollado la bestia bajo sus pelos ásperos el cuerpecito trémulo, suave como un vellón”. La palabra “vellón” se usa frecuentemente para designar el pelo púbico femenino. Este es uso literario repetido, está en la poesía y en todas partes. Luego son los “pelos ásperos”, es pelo contra pelo, pelo áspero contra pelo suave. Eso es obviamente violencia sexual. Un poco antes tenemos el “cuerpecito tierno” (bueno para “comérselo”, por eso es “tierno”) le “dilata los ojos”, que es un conocido síntoma de deseo; un poco antes Caperucita “cede al reclamo de amor”. “Reclamo de amor” es la llamada sexual de los animales. Y Caperucita “cede”. La

palabra “ceder” se usa en el contexto sexual nuestro para indicar la aquiescencia sexual femenina, el momento en que una mujer acepta tener como pareja a un hombre. No creo que sea necesario mucho más, pero se podría mencionar una cosa que quiero introducir posteriormente de nuevo, y es esto: la niña es “la de los rizos rubios”. Este color de la niña, más la suavidad de ella, el gusto de ella por las flores, todas son cosas del estereotipo blanco entre nosotros, del estereotipo más respetado, más querido, más europeizado. Mientras él tiene “la boca negra”. Estas dos ocurrencias introducen un elemento sobre el cual volveré posteriormente, que es el de la oposición entre lo blanco y lo que no es blanco, entre nosotros bastante importante como espero mostrar. Esto respecto de Caperucita.

Ahora bien, se utilizan diversos predicados dentro del poema de la Mistral para caracterizar al hombre, leído como lo acabamos de proponer. El primero es, obviamente, animalidad; un lobo es, ante nada, un animal. Luego, violencia, es decir, el animal avasalla a la abuela y a la niña. Luego inconstancia: la parte femenina de estas duplas no puede oponerse con éxito a la violencia que se ejerce con ella. Luego, hay por el lado de él el disfrute; muele los huesos, cuidadosa y lentamente, con obvio regocijo, “riendo”. Disfrute que por lo demás se encuentra presente en todas las expresiones vulgares que designan la cópula. Ese disfrute, lo mismo que en el lenguaje vulgar, está incorporado en el poema de la Mistral. Luego hay una superioridad física terrible de parte del varón y, por último, hay el engaño. El engaño que es uno de los elementos salientes del poema, dos veces se lo llama “Traidor” y una “engañoso”. Recordemos solamente que “engañar” significaba para la generación de nuestros abuelos, desvirgar a una mujer antes del matrimonio. Todo esto está incorporado en la palabra “hombre” en cuanto pareja sexual. La posición del hablante básico en los poemas de la Mistral es condenatoria del macho. En este poema la hablante mistraliana muestra su aversión al macho en cuanto

pareja amorosa, y para ello habla desde el código blanco, de modo que lo blanco es lo respetado, lo bueno, pero también lo maltratado.

Para aclarar las cosas, digamos que la hablante mistraliana puede ser blanca o ser no blanca. En ambos casos sufre, pero es distinto el código en que se dice el sufrimiento y, por tanto, distinto el sufrimiento. Hay casos en que la pareja sexual femenina es no blanca y es también abusada, pero la hablante produce su discurso desde el lado no blanco y, consecuentemente, el sufrimiento es otro.

Un poco más delicado, pero no mucho más, es el libro de Joaquín Edwards, *En el viejo Almendral*. Hay, para empezar, una distinción expresa entre blancura y no blancura que corre por todo el libro de Edwards, a veces, con una considerable violencia, pero también, a veces, con una confusa ternura. Presentaré una cita, que está en la página 24 del libro, pero se podría seguir citando indefinidamente: “Los británicos en el colegio, en el comercio y en la sociedad se aíslan de los nativos. Sus comedores, sus dormitorios, sus juegos y retretes son cuidadosamente separados. En el colegio los alumnos ingleses, inseparables de sus profesores, estaban aislados como en los barcos de la Pacific Steam Navigation Company, donde hay solamente dos clases: ingleses y criollos”. Esta división corre por todo el libro de Edwards, y distingue a los personajes entre blancos y criollos. Los blancos son ingleses o son alemanes, en el caso de Valparaíso, porque *En el viejo Almendral* es una novela ambientada en el puerto. La lucha de clases es asimilada a esto mismo en el propio libro y dice (p.25): “En el colegio atisbé la lucha de clases, lucha de clases o envidia, es lo mismo. Se trata de la fealdad contra la belleza, en sus diversas formas, la indecencia contra la inocencia, lo oscuro contra la luz, el harapo contra la elegancia y limpieza”. Naturalmente que los términos positivos corresponden a los “ingleses” y los negativos a los “criollos”.



Pero introduzcamos ahora un elemento raro. Hay un personaje en el libro que se llama Perpetua. Perpetua es una mujer de origen obviamente mapuche. Se la describe repetidamente con los rasgos correspondientes. Se habla del grosor de su cabello, que es cosa que desde el diario de Colón indica la relación con lo indio, y esta Perpetua es lo que vamos a ver en seguida. Dice (p.25): “La madre, la Perpetua de la casa, y el padre, lo creían a uno en la dulzura, en la inocencia y en el respeto, pero el colegio avienta todo eso. Los alumnos corrompidos se imponen la misión de nivelar con ellos a los niños sanos”. Este pasaje es muy asombroso. Aquí la madre es “la Perpetua de la casa”, o sea que en el libro de Edwards, la madre, toda madre, en cuanto tal, es una india, es una mujer de la otra raza, es una mujer de origen mapuche. Digamos al pasar que el caso es más notable de lo que parece, porque este niño es huérfano de madre, y Perpetua es empleada en su casa.

Hay pues una relación entre raza, estructura de la sociedad chilena y la categoría masculino-femenino. Es bastante confuso, como ustedes ven. Es mucho más confuso que la idea de Gabriela Mistral. La Perpetua esta pertenece por raza, plenamente al grupo de los mal vistos por el narrador, cuando él se pone en el lado blanco del código. Ella pertenece al grupo que predomina aquí en América y que el narrador describe así (p. 43): “Predomina el quiltro humano, de indefinible pedigrí. En México, cuentan más de cincuenta tipos de mestizos. Un pintor desconocido puso estos diversos tipos en pinturas sorprendentes, entre ellas hay nombres tan curiosos como Alvarazado, Tentetieso, Salto atrás y No te entiendo”. Estos miserables, estos pobres tipos, son además respaldados en su desgracia por las mujeres que los oprimen. Edwards, como ustedes saben, fue decidido misógino.

En la novela aparece otro personaje que es lo opuesto de Perpetua y que se llama Florencia. De esta Florencia, dice (p.63): “Ella solía reprochar a mi padre su alejamiento de los

negocios de la bolsa y era en esos instantes cuando sus facciones tomaban un aire autoritario y desagradable. Estaba al tanto de diversas tretas de agio y hablaba del asunto con seguridad chocante. ‘¡Si yo fuera hombre!’, dijo cierta vez, y su rostro tomó entonces un aire audaz y cruel. (...) Se contaban historias de tretas bastantes sucias que a nadie escandalizaban siempre que los autores consiguieran los *goals* apetecidos. Según el criterio de las mujeres fuertes del Puerto, el hombre está obligado a enriquecerse en primer lugar, y la fortuna, contante y sonante lava las manchas”. El enredo aquí no puede ser peor. El enredo valorativo: hay una mujer blanca, Florencia, que además conoce muy bien Europa, que es del lado elegante de la sociedad chilena, que es una mujer ensuciada por esta misma mugre mestiza, mugre de quiltros que hay en el país, pero esta mujer infisionada es una opresora. El oprimido es el padre del personaje narrador, hombre muy limpio de intención, muy bueno, pero a quien una mujer blanca entiende que debe oprimir para que se ensucie mestizamente. ¿Por qué mundo nos estamos moviendo? ¿Qué es este enredo desmesurado que tiene Edwards? El narrador de Edwards odia a los mestizos, odia el color oscuro, odia la secundariedad del mestizo, eso es lo que le molesta. Le molesta terriblemente, y entiende que somos mestizos todos y que no lo son en cambio los ingleses y los alemanes de Valparaíso.

Mi impresión es que Edwards ha puesto sobre el mundo narrado una categoría que todos tenemos. Creo también que se puede mostrar que en este mundo dominado por esa categoría, tiene Perpetua una continua preeminencia. Agreguemos todavía una preeminencia más: ella es capaz de ordenar y mejorar la realidad social. Hay un señor Valladares, que es un mestizo, naturalmente, profesor además, y se comporta como casi todos los mestizos del libro. Es profesor de matemática el señor Valladares. Aparece como un bellaco, un tipo siniestro, a quien el niño teme. Todo lo arregla Perpetua. Lleva consigo al niño a

la casa del señor Valladares y descubre que vive con dos mujeres: una es su madre, que confecciona ropas, y la otra es su hermana, que hace dulces. O sea, una es costurera y la otra fabrica pequeñas cosas para vender. La actuación de Perpetua es tal, que el señor Valladares se humaniza, se vuelve tratable, se convierte en un mestizo dulce, en un quiltro aceptable, incluso contratable. El padre lo contrata como pasante de su hijo. Cuando se transforma Valladares y el niño deja de temerle, es tan feliz Perpetua por haber ayudado al niño que sucede lo siguiente. Dice (p.73): “me puso las manos en los hombros, esas manos hinchadas y picadas por las agujas, que me pegaron los botones y remendaron las chaquetas, me envolvieron con un vaho suave, como el perfume sedante y adormecedor de la tierra. Quedé todo lleno de cerros chilenos”. ¿Qué es esto? Es un personaje narrador que, de acuerdo con sus declaraciones, debería odiar a esta mujer, por mestiza, y que sin duda, en cierto modo la desprecia, pero al mismo tiempo, la considera una figura materna central esencial en su vida, ella es el bien, ella es superior al padre. El padre que es un caballero muy atildado y muy engolado, casado con doña Florencia, la espantosa elegante, con esa misma mujer que quiere convertirlo en agiotista. Como es esperable, la mujer eventualmente lo abandona, porque no le interesa este quiltro, este personaje secundario.

¿Qué es lo que hay en el libro de Edwards? Hay las siguientes cosas: por un lado, una división del país entre criollos, es decir mestizos, inmigrantes cuyas virtudes importadas duran poco. Duran unas tres generaciones más o menos y después se pierden, consumidas por la geografía local, por el ambiente físico, cree Edwards. Tenía esta idea un poco absurda de cómo evoluciona la gente. Ahora: ¿cómo son los varones? ¿cómo es Pedro, el narrador? Es un infeliz. Es un infeliz que ve todas estas cosas y es capaz de escribirlas, es capaz también de apreciar a Perpetua, pero él mismo es un triste desdichado que cuando llega a Santiago le da por ingerir alcohol y por apostar

en riñas de gallos y en juegos de barajas. Termina empeñando un reloj que le había regalado su padre. Pero llega Perpetua y lo rescata de la abyección en que ha caído. Llega esta india materna y lo rescata de su decaimiento moral. Habiéndolo hallado en una especie de prostíbulo, lo pone a vivir en un lugar decente.

En seguida, el padre del personaje, que es un caballero cabal, con una quinta en Quillota y una casa en el Almendral, finísima, es otro infeliz, es un infeliz que en manos de Florencia termina callado en su comedor sin atreverse ni siquiera a abandonar la mesa cuando la mujer lo insulta. Acepta en silencio que ella le diga que es un desdichado, un pobre hombre incapaz de ganar dinero.

Creo que lo que hay es una inversión curiosísima operada dentro del texto de la sociabilidad chilena. Tenemos por un lado, en el poema de Gabriela Mistral, que en la pareja sexual, la mujer es la oprimida, la maltratada, pero al mismo tiempo la dulce, la suave, la limpia. Y el macho copulante es un animal abusivo, pero en medio de su repulsiva conducta, es, por lo menos, incontrastable también y poderoso, y digno de respeto en un cierto sentido por su brutalidad. Pero en la novela de Edwards se ha operado una inversión relativa al hecho del matrimonio. Cuando hombre y mujer institucionalizan su relación y se casan, la relación se invierte. El que fue un macho abrumador y terrible se convierte en un triste infeliz que está en las manos de una mujer que hace con él lo que le da la gana. Despreciado por sus hijos, por su mujer y por sí mismo obviamente. La mujer, en cambio, después de haber sido la tirada, la zumbada, la comida, la montada, se convierte en la dueña del mundo. Es la que tiene el verdadero poder, es la que puede arreglar o descomponer todas las cosas, es el personaje de preeminencia total e indiscutible. La misoginia de Edwards hace que la preeminencia vaya acompañada de positividad sólo cuando la mujer es “la Perpetua de la casa”, cuando es una

madre simbólica que está cerca de la naturaleza, cerca de la raíz india. En el fondo, la inversión del texto de Edwards está basada en una observación igual a la que funda los poemas de la Mistral. Para ambos, sólo la mujer “madre” tiene positividad plena, incluso si esta maternidad es solamente simbólica o posicional. La diferencia es que la “madre” en Edwards se acerca en su perfección al aborigen, a la naturaleza, mientras que la madre de Gabriela Mistral se acerca a Dios. Sería interesante tener tiempo para examinar las extrañezas presentes en la novela de Edwards, especialmente la que notamos antes: es el matrimonio lo que convierte a las no madres en personajes moralmente monstruosos. En la Mistral, en cambio, el matrimonio carece de importancia en la valoración positiva o negativa de la masculinidad o la femineidad. En los textos de la Mistral, lo central es la presencia o ausencia de “lujuria”, es decir, de deseo sexual no destinado a la reproducción.

Hay pues, una cosa curiosísima: en la estructura nuestra según dos de nuestros escritores, “hombre” y “mujer” tienen una estructura susceptible de invertirse. “Hombre”, en cuanto macho, compañero sexual, tiene unos ciertos predicados que lo describen a él, repito, como incontrastable, violento, disfrutante, alegre, porque hay una alegría en el lobo devorando nietecitas; y este mismo personaje, al actualizar uno de sus predicados posibles, el de marido o padre, cambia polarmente su valor moral y se convierte en borracho, abandonador, o infeliz, desdichado, pero siempre secundario. Y ella, que fue la violada, la tirada, la comida, la zumbada, la disfrutada, se convierte en la dueña del mundo, en la que administra el mundo, ordena la realidad. En Edwards, este poder es para el bien (en “la Perpetua de la casa”, la madre de verdad) o para el mal (en la mujer pervertida por el ambiente mestizo, aunque sea de color blanco y aunque sea una madre biológica). En la Mistral, este poder es para el mal (cuando se ejerce desde la “lujuria”) o para el bien absoluto (en la propia madre) o relativo (en cualquier madre).

Creo que estas inversiones funcionan en relación con esto que hemos dicho en otras oportunidades, que nosotros tenemos como cumbre de nuestra ideología o como una de las cumbres de nuestra ideología la categoría blanco-no blanco en la que yo he insistido repetidamente. Lo que quisiera proponer, es que la categoría blanco-no blanco no corresponde a un contenido objetivo, por ejemplo étnico, o biológico de la sociedad chilena, o latinoamericana (creo que sirve para otros países también) sino que se trata simplemente de una acuñación ideológica producida por la clase dominante en Chile. En este sistema de categorías que tiene Edwards, está el quiltro y el extranjero. El quiltro es el mestizo. La valoración correspondiente es muy vieja. La clase dominante, es decir, primero los españoles peninsulares, luego los criollos dueños de la tierra, de las minas y del dinero y del poder político, fueron los que impusieron la categoría blanco-no blanco que ustedes y yo tenemos metida en el alma inerradicablemente desde siempre. Déjenme recordar una cosa: don Manuel Montt, hombre de color moreno y presidente de Chile, aparece como tal, “negro”, en la propaganda política contraria. Y *Januario Espinosa* en su biografía de Montt, recuerda que los opositores dijeron: “el presidente futuro de Chile, cualquiera que sea, tendrá la cara blanca, el corazón puro, la frente despejada, Montt sería el más feo de los presidentes”. Es decir: no el color oscuro ni la frente estrecha del mapuche. Esto como un argumento político durante la campaña presidencial que terminó en la victoria de este candidato. Suficientemente importante es la conciencia de una división en clases que tiene algo que ver con la división étnica. Está incluso antes de Montt, en *Diego Portales*. ¿Saben que Portales tenía tan clara la conciencia de cómo eran las cosas que cuando empezó a pensar en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana hizo un balance de Chile y dijo que Chile era un país mucho menos blanco que Perú y Bolivia? Que tenía muchísimos más indios y muchísimo menos población blanca. Si pensamos en el

hermoso libro de Gabriel Salazar sobre *Labradores, peones y proletarios*, que trata sobre la formación y la crisis de la sociedad popular chilena durante el s. XIX, podemos recordar a esa masa de chilenos no blancos, que no participaban de ninguna porción del poder nacional y que eran entendidos como vagabundos, delincuentes, borrachos, por el discurso hegemónico. Ellos eran los otros, el Otro radical, articulado con la clase hegemónica como lo absolutamente negativo. Sin embargo, este no blanco ha dado al sistema semiótico chileno el componente “madre”, depositario de las únicas virtudes reconocidas por la poesía de Gabriela Mistral y una novela de Joaquín Edwards.





# El Estado desnudo.

## Acerca de la formación de lo masculino en Chile

José Bengoa<sup>1</sup>

### Presentación

Quisiera hablar en esta ocasión de las relaciones que observo entre las relaciones de género y la formación de la sociedad y el Estado en la sociedad chilena. Tengo la impresión que los cambios cada vez más profundos que se están produciendo en la concepción de lo masculino y femenino, tanto en la vida privada como pública, tendrán fuertes repercusiones en las relaciones de poder del conjunto de nuestra sociedad. El Estado como expresión primordial de lo masculino, del poder, la autoridad y, en nuestro caso, también del autoritarismo, puede verse desnudado, por la crítica, no necesariamente explicitada, que la gente en sus vidas cotidianas hace de los modelos vigentes y tradicionales de lo que ha sido el ser hombre y ser mujer en nuestra sociedad. Es por ello que he titulado estas ideas como el “Estado desnudo”. Pretendemos observarlo en su masculinidad, criticado por la crítica a que ha sido sometido el ser masculino en Chile.

Nuestra reflexión parte de nuestro quehacer intelectual y se refiere a los materiales que hemos usado en nuestras investigaciones. No somos especialistas en el tema de género.

---

<sup>1</sup> Licenciado en Filosofía, Investigador del Centro de Estudios Sociales SUR y Profesor de la Escuela de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Pedimos disculpas por entrometernos en áreas que sin duda han sido tratadas con miradas más específicas. Nos remontaremos a la historia de la cultura, de nuestra cultura. Su estudio puede observar, a la manera como lo hace el arqueólogo, diversas capas, estratos, depósitos que se han ido acumulando a lo largo del tiempo. He intentado hacer un ejercicio de aislar algunos de estos “depósitos culturales” que pueden contribuir a la comprensión de los comportamientos pauteados de hombres y mujeres.

Es por ello que me referiré a cuatro momentos que considero arquetípicos de nuestra “acumulación cultural”. La herencia indígena, callada, negada, pero presente, las concepciones acerca de lo masculino y femenino traídas por los trasplantados ibéricos a América, el mundo agrario hacendal que se constituyó como el espacio privilegiado de síntesis de las culturas mestizas y criollas, y la formación del Estado portaliano, la gran institución societal de nuestro país.

El objetivo de esta incursión no puede ser otro que el análisis de la violencia, el autoritarismo, la dominación y subordinación en nuestra sociedad. En estos días que hemos vivido en torno a las discusiones acerca de las responsabilidades referidas a las violaciones de los derechos humanos, tenemos el imperativo moral e intelectual de escudriñar en el origen de nuestras conductas violentas. Porque no cabe la menor duda que en la sociedad chilena se anida un potencial de violencia muy elevado. Es una capacidad de “daño”, de la que nos asombramos constantemente. Capacidad de hacernos daño, de hacerle daño al semejante, de dañar a las personas. El autoritarismo, la relación irracional e irresistible de dominación, de subordinar al otro, está quizá en la base de nuestra cultura. Esta ira estructural, por lo general escondida tras una capa de formalidades diplomáticas, gestos externos de amabilidad, ha estallado con furia en diversas ocasiones. Es la cara oculta de la cultura no asumida por la sociedad. Se presume

inexistente. Pero se manifiesta reiteradamente en los mundos privados y públicos, desmejorando nuestra convivencia y haciendo de cada uno de nosotros sujetos dañados. Una sociedad dañada.

Nuestra hipótesis es que la sociedad chilena, quizá al igual que muchas otras sociedades, o que todas, se ha construido sobre una matriz en que los procesos de subordinación y dominación al nivel social están íntimamente asociados a los que relacionan lo masculino y lo femenino. La construcción del Estado y la nación se han fundamentado en la manera como los hombres y mujeres han experimentado sus relaciones de dominación y subordinación en el terreno de la vida sexual, social y práctica. Más aún, como lo han demostrado numerosos autores modernos, el Estado y sus relaciones de autoridad con la sociedad reproducen de manera inconsciente y colectiva las relaciones de autoridad, dominación y subordinación que se practican cotidianamente en el seno de las relaciones interpersonales.

El desnudamiento del Estado es una actividad democrática. La crítica a que ha sido sometida la condición masculina es también una acción democratizadora de la vida social. La indagación acerca de los orígenes sexuales y sociales de la violencia es un camino de profundización democrática de cuya necesidad muy pocos podrán estar ajenos.

## Poligamia y patrilinealidad

En el origen de la memoria colectiva está el antes, lo que fuimos. ¿Cuál es el peso de la cuestión indígena en nuestra cultura? Es evidente que ha sido y es negado. ¿Qué tiene que ver nuestra cultura actual, con la poligamia y patrilinealidad casi prehistórica, en la que vivieron los hombres y mujeres de esta tierra durante siglos? El olvido, como es bien sabido, es

parte de la memoria, es su contrario. Hay olvidos “sabidos por todos”, secretos a voces, asuntos tapados, verdades escondidas; “secretos públicos” como los denomina Michel Foucault. La cuestión indígena en Chile es un claro ejemplo de “secreto público”.

Los mapuches, hasta hace muy poco tiempo eran polígamos. Poseían un tipo de familia extensa y compleja al decir técnico antropológico. Eso significa que un varón constituía familia con varias mujeres, con los abuelos, tíos y personas ligadas tanto hacia atrás como hacia adelante con él. Había familias de muchas personas, incluso más de cien, que vivían en diversas casas y rucas, formando un verdadero conglomerado. El poder familiar se heredaba por la vía paterna hacia los hijos hombres, esto es, existía un régimen de patrilinealidad.

Las mujeres eran la base de la sociedad. Una sociedad sin Estado, donde no existía la centralización del poder político. Cada familia tenía una suerte de autonomía, pero se relacionaba con otras formando grandes alianzas. Esas alianzas eran selladas mediante los matrimonios, el conocido intercambio de mujeres. Las mujeres poseían por tanto un valor objetivo. Se pagaban grandes recursos con ocasión de estos movimientos exogámicos. El que recibía a la mujer, según su rango y calidad de la alianza que se estaba produciendo, se veía en la obligación de pagar gran cantidad de animales, joyas, mantas y bienes de diverso tipo. Así se restablecía el equilibrio roto por el paso de un ámbito a otro. Ese movimiento de personas y bienes establecía la red subterránea de la comunicación y la sociabilidad. Las mujeres llevaban consigo sus historias, sus mitos, sus lenguajes, sus recuerdos, sus memorias. La memoria colectiva se construía a partir de los cientos de intercambios exogámicos de esta naturaleza. En la trama de los múltiples movimientos de las mujeres fue surgiendo la noción de pueblo, primera concepción colectiva de pertenencia en nuestro suelo.

La trama masculina y femenina de la sociedad primigenia chilena se creó no a partir de la imposición del Estado sino a partir de la sociabilidad fundamental: el intercambio sexual. El hombre retuvo para sí la línea del mando sobre el territorio. No se movió de su localidad paterna. Expresó desde el tiempo más recóndito la continuidad formal, la memoria oficial, el recuerdo de las efemérides señaladas en la herencia patrilínea. Las mujeres, por el contrario, construyeron la memoria a partir del intercambio, de la sociabilidad realizada en la crianza de los hijos, en la cocina, en el lenguaje que expresaba las diferencias entre una familia, en la que había nacido, y en la otra familia, a la que había llegado como esposa.

Los hombres, los **weipines** u oradores sagrados, recogían la memoria vertical del linaje, el atrás de los antepasados, la herencia, su fuerza y su valor. Las mujeres constituían la memoria horizontal, la trama de los intercambios culturales cruzados. Las mujeres españolas cautivas, que en algún momento no fueron pocas, también agregaban sus relatos a la memoria expandida.

¿Qué importancia tiene esta primera capa o substrato de intercambios exogámicos en la cultura y sociabilidad de las sociedades que han continuado viviendo en este territorio? La memoria, sabemos, se reproduce de la manera más curiosa. Los recuerdos nemotécnicos son los mínimos. La mayor parte de las veces la memoria colectiva transita por los olores, las imágenes, los espacios, los hábitos del cuerpo, el saber hacer las cosas de tal o cual manera, en especial las cosas de la casa, de la cocina, las cuestiones relacionadas con las enfermedades, con lo que es sano e insano, con lo bueno y lo malo. ¿Qué distingue a los chilenos en Suecia, por ejemplo, si no es esa memoria?

¿Cómo se ha transmitido lo masculino y lo femenino? Podríamos postular como una primera aproximación que la construcción de lo masculino y femenino se remonta necesaria-

mente a los orígenes de la memoria, a las memorias ocultadas, secretas de la raigambre indígena y de la gente mestiza que habitó en estas tierras.

Me atrevería a asegurar que el primer componente de la masculinidad en Chile es la patrilinealidad, esto es, la conciencia absolutamente generalizada de que el sentido de la historicidad pasa por el hombre, por el control del territorio, más tarde la propiedad sobre los bienes y la descendencia, todo lo cual asegura la reproducción de la herencia y la continuidad del linaje. Esto no tiene que ver necesariamente con una posición machista como se la ha entendido modernamente. La herencia de los bienes culturales posee una línea masculina. Si bien es cierto esto ocurre en casi todas las culturas, en la nuestra se remonta a una concepción singularmente rígida, a una regla establecida con suma claridad, y respetada casi sin violación. En cambio, la sociabilidad pertenece al mundo de las mujeres, como recuerdo del origen poli y exogámico de la constitución femenina.

## Honor y primogenitura

La cultura masculina y femenina española, en especial extremeño-castellana, debería ser la segunda capa o estrato a analizar en esta investigación acerca de los orígenes de las especificaciones de género en nuestra memoria colectiva. Para hacerlo hay que situarse adecuadamente en la época fundacional.

Algo muy extraño ocurrió en la España de los Reyes Católicos, así llamados, como consecuencia de la guerra contra los moros y posteriormente la Conquista de América. En otro trabajo lo hemos investigado. Brevemente digamos que se reanimó el “espíritu de cruzada”, el sentimiento de “construir el

mundo en la verdad". Diez siglos de convivencia multiétnica en la península ibérica, fueron reemplazados por uno de los períodos de fundamentalismo más extremos. Los cultos moriscos del andaluz, la cultura mozárabe nacida y criada en tierras españolas, los judíos sefardíes, de habla española hasta hoy, fueron expulsados violentamente por los españoles castellanos, católicos, lejanos y mestizos herederos de visigodos. En esa violenta aventura transformada en "gesta", se desarrolló el "espíritu de nobleza" y la cultura acerca del papel que juega cada uno de los géneros, que nos llegó hasta nosotros. Es una cultura de conquista y afirmación masculina.

Quevedo señalaba: "Como si no supiésemos que la honra es hija de la virtud y tanto que uno fuere virtuoso será honrado y será imposible quitarme la honra si no me quitasen la virtud que es el centro de ella". El honor, ese concepto lleno de asechanzas psicoanalíticas, estará en el centro de la cultura masculina española. A América se viene a buscar fama, esto es, honores. Riquezas también, esto es, uno de los componentes centrales del honor, de la honra. La honra tiene que ver con el buen decir, con el que se hable bien de uno, con el llevar en "alto su nombre". No es por casualidad que en cada casa extremeña, de las ciudades desde donde salieron los conquistadores, hay escudos de armas, labrados en piedra, colmados de significados, que alaban las hazañas realizadas y las virtudes de cada linaje.

Es por ello que la honra o el honor se transmiten, de hombre a hombre, de padre a hijo. "Natural es el nacer y natural también es el nacer cada uno con la sangre de sus padres". En nuestra cultura cotidiana se conserva la idea estamental de que, "es la sangre heredada la que determina la trayectoria de la voluntad".

Es en la primogenitura donde se concentra por lo tanto todo el honor, toda la honra, toda la historicidad acumulada. El hijo primogénito, debe conservar el nombre del padre.

Continuará con la misión guerrera, constructora de la verdad, cuidará y acrecentará las riquezas, la casa familiar, mantendrá los escudos, en fin, sostendrá el honor del linaje.

En Chile la mayor parte o casi todos los conquistadores y españoles llegados posteriormente eran segundones. Segundos hijos de familias venidas a menos, o de zonas de España que habían entrado en profundas crisis económicas. Traían en sus valijas más frustraciones que recuerdos. Reprodujeron en forma exasperante lo que nunca habían podido realizar. Si no fueron nobles al zarpar de los puertos ibéricos, trataron de serlo en forma neurótica en su nuevo asentamiento novohispano. Las Cartas de los trasplantados al Rey llenan bodegas en Sevilla. Los juicios de méritos, las “provanzas”, en que se le solicita al Rey le otorgue mercedes, títulos diversos y reconocimiento son cuantiosos. Es una cultura de la necesidad del “honor reconocido”.

El “Mayorazgo” será en la Colonia chilena el modelo no realizado más que parcialmente, de nobleza. Los pocos casos de mayorazgos que se otorgaron por parte del Rey constituyeron el modelo cultural. El primogénito en este caso, conllevaba por real disposición todo el poder del linaje. Era una suerte de continuación de la realeza misma. El trono le correspondía al hijo mayor. Es como bien se puede comprender, el caso máximo o absoluto de patrilinealidad y patrilocalidad.

Las mujeres cuidan del primogénito. El futuro heredero lleva consigo las esperanzas de la familia. Todos se sacrifican por él. Dios le pide a Abraham que lo sacrifique. Es la exigencia de sujeción total al poder divino ya que no habría nada más importante que un hombre pueda entregar. Hinkelamert, ve en ello la fundación de la cultura occidental. El mito del primogénito preside también nuestra cultura familiar. Hace de la diferencia entre masculino y femenino un abismo.

Honor y primogenitura están en el origen de la masculinidad chilena. Son el aporte de la cultura española trasplan-



tada. Cultura de segundones, hijos de algo, que no pudieron gozar de ser ellos mismos los primogénitos en su casa y debieron trasladar sus memorias hacia las nuevas tierras, reconstruir las honras perdidas, retomar la historicidad en las cabezas de sus hijos, los mestizos, los criollos.

## Señor y rajadiablos

Es quizá el tema más analizado, pero no por ello más comprendido. Los encomenderos de indios se transforman en hacendados. Los indios, mestizos y españoles recién llegados se debieron someter al inquilinaje, al peonaje, a la servidumbre, a las condiciones de trabajo, vida y cultura de la hacienda. Masas de desharrapados, miserables, peones libres, vagabundos, bandidos, pululaban en los caminos. Se los trata de dominar por la razón y la fuerza. Se construye en los campos una cultura de poder y violencia: dominar a la naturaleza hostil y subordinar a los hombres.

La Hacienda es la institución de más "larga duración" en Chile, junto con la Iglesia. El Estado es más moderno y también lo es el ejército y otras instituciones de la vida social actual. La Hacienda constituyó un espacio de reproducción cultural. Allí se fusionaron las tradiciones indianas e hispánicas. La hacienda fue estableciendo un complejo sistema de dominio, subordinación y exclusión en el terreno social y sexual. Se construyó sobre el patronazgo, que está relacionado con la jefatura de conquista. El Patrón dirige y conduce a un tropel de gente, los domina, los posee con su poder heredado y adquirido. Los castiga y los premia. Establece el principio de integración presencial, como señala Valenzuela y Cousiño, pero al mismo tiempo establece el principio de exclusión. Quien no obedece al conjunto del sistema y su cultura, es expulsado, tirado literalmente al camino.

En un conocido relato de Eduardo Barrios, el “gran señor y rajadiablos” recuerda:

“Revisa José Pedro, durante aquel ocio de domingo, su vida sexual. A ella pertenecen esos amoríos o dominaciones de macho en las chinas de la peonada. Son ellas también sexo predominante. El amor actúa en ellas a dictados del cielo. Una mirada llégales al corazón por vehículos de la sangre. A su corazón alborotado por la sensualidad. Por eso las ha mantenido él instintivamente a la distancia. Que le guardaran reconocimiento y respeto. Algunas de natural romántico, le adoran. Bien. Pero eso bien analizado es fenómeno de consecuencia posterior a la entrega y algo que participa en la reverencia por el superior y de la ufanía de haber sido elegidas por él. Además, él las quiere: después de poseerlas, viéndolas humildes y felices, le nace una gran ternura. Suele acometerle remordimientos de pecador, y al sentirse dueño de sus esclavas, oblígase de todo corazón a protegerlas. Buenas criaturas. Las que han parido un hijo, en particular, adquieren continente de sometidas al caballero feudal. Este fenómeno le mueve a pensar. ¿De dónde les vendrá esta condición? De España, muy probable, acaso de moros y araucanos. Pero tal es el hecho. Y esa es la costumbre de nuestros campos... hasta que, ¡Dios dirá hasta cuándo lo tiene así permitido! Tampoco él sólo vive así. Está seguro de que la mayoría de sus antepasados y los de otras familias poderosas han hecho lo mismo. Y si no, ahí están los mestizos de América entera. Chile tiene todavía colonizadores. Basta examinar en toda casa grande, las caras de las chinas en servicio doméstico. Descubren los rasgos de la familia, son huachas. La Totón ha nacido entre Lazúrteguis y sus facciones acusan. En fin adelante...”

La dominación sexual acompaña a la dominación social. Son partes del mismo proceso. El patrón posee y es padre. Establece su señorío en el campo, manda con voz fuerte, usà la fusta con energía y sale de parrandas y amoríos, “el rajadiablo”. El poseer tiene en el lenguaje cotidiano, la doble connotación, ser dueño como propietario y sexualmente poseedor. Esta última expresa al nivel material y simbólico el vasallaje, la subordinación de la persona inferior socialmente.

El aspecto autoritario, violento muchas veces, de la dominación sexual, tiene su contraparte ideologizada, pero no por ello menos real, en la atracción sexual entre individuos de diferente clase social. La atracción del patrón por la china. Nuestro folclor está repleto de esas historias. Negar el hecho sería un falseamiento de los datos. Es la contraparte que “suaviza” la violación. La contextualiza en la cultura del señor conquistador. “Esa es la costumbre de nuestros campos”. En la hacienda agraria tradicional se llega por esta vía al intercambio generalizado de mujeres. Quizá la formación de la sociedad chilena, de su cultura también, al igual que lo analizado en el pueblo mapuche, se fundamentó en las miles de intersecciones que las mujeres establecieron en los intercambios múltiples. No cabe duda que la posesión de la china por parte del hacendado era un acto de violación, de dominio brutal sobre la peonada en el cuerpo de sus mujeres. Pero tampoco es demasiado audaz plantearse que en ese intercambio sexual interclasista se producía una suerte de fenómeno integrativo. Las relaciones personales se allegaban al extremo: el dominio, la humillación, el odio, el desprecio, han ido de la mano de la atracción, de la pasión, e incluso en forma invertida, del cariño. La subordinación social era acompañada de un intercambio sexual generalizado que provocaba formas de integración en la cultura. José Donoso, ha analizado en forma obsesiva y obscena, para parafrasearlo, esta relación de patrones con chinas, nanas, siervas, mujeres de toda clase y condición. Y no digamos que

esas relaciones han sido fáciles para unos y para otros. Se han sentado en el centro de la cultura.

Las mujeres, de todo tipo y condición social, fueron enhebrando los relatos, cocinando los olores, multiplicando los ingenios, estableciendo los parámetros del bien y del mal que posiblemente son la base de nuestra cultura. Nada más lejos de caer en un "fundamentalismo macondiano" de carácter romántico que ve en ese período un paraíso perdido, en que la irracionalidad sensual predominaba, en los largos corredores campesinos. En la que los hombres y mujeres se dejaban llevar por la exuberancia de la naturaleza y no existía ni explotación, ni relaciones de poder. Por el contrario, queremos enfatizar el aspecto explotador de la relación reconociendo, por cierto, que su legitimidad se asentaba en la cultura de subordinación existente. Esas mismas mujeres le enseñaron a sus hijos a amar y a odiar. Amar al padre patrón y a odiar al padre violador. De lo contrario no sería explicable en Chile la cultura de las izquierdas, la ira atávica convertida en conciencia de clase, de la que participaron los campesinos transformados en mineros, salitreros, ferrocarrileros, obreros y proletarios. Al salirse del marco de legitimidad cultural de las haciendas se potenciaba la ira. Se olvidaban de los dioses de los patrones, de sus amores, y brotaba fértil el recuerdo de los atropellos. El rencor también había nacido en las haciendas.

A pesar de ello la cultura criolla lleva sobre sus espaldas el fardo autoritario en su multiplicidad de dimensiones. Es esa combinación de barbarie y seducción la que funda el Estado.

## Violación y fundación

Con estos ingredientes en las mil hojas de la cultura criolla surge el Estado. Don Diego Portales, padre de la patria, fundador de la República, resume en una frase la falta de fronteras entre los diversos mundos que aquí transitamos.

“De mí sé decirle que con ley o sin ella, esa señora que llaman Constitución, hay que violarla cuando las circunstancias son extremas. ¡Y qué importa que lo sea, cuando en un año la parvulita lo ha sido tantas por su perfecta inutilidad!” (citado por Sergio Villalobos).

Portales tuvo fama de “chinerero”. La violación, en el lenguaje develado está cercana a la fundación. El Estado ha sido concebido en un acto de fuerza a imagen y semejanza de lo que ocurre en la vida cotidiana.

Le escribe Portales a uno de sus amigos para que le mande unos regalitos:

“Me mandará algunas friorelitas para mujer, que cuesten poco, pero que sean de gusto, porque no es huasa la persona a quien voy a obsequiarla. Le prevengo que en el obsequio no vengán pañuelitos de mano ni de narices, porque he observado que tiene cría de ellos”. (Id. Villalobos).

De la afamada Rosa Mueno que se ha ido a Valparaíso dice en una carta:

“Yo cogería a la Mueno es verdad, perdone la grosería, pero como esto es imposible, pienso tanto en ello como montar sobre una estrella. Si esto llama usted pasión,

estoy apasionado de alguna de las hermanas de usted y de todas las mujeres que me agradan y me parecen bien para el efecto”.

El mestizaje ha establecido en Chile esa mistificación de la unidad racial de la que muchos son orgullosos. El carácter étnico ha quedado escondido entre los secretos de la memoria, acariciándose con reprimido orgullo el origen español de los inquilinos del valle central. El intento mistificado de unidad racial tiene en el intercambio sexual interclasista su fuente de argumentación.

Se las denominó “chinas” por sus ojos rasgados orientales, producto de la indudable mezcla. A las niñas del campo, se las denominaba con cariño y desprecio al mismo tiempo. Los primogénitos, poseedores de la linealidad masculina, han tenido especial predilección en ellas. Era un cierto derecho adquirido, “secreto público”, no confesado ni escrito. Era la expresión máxima de la subordinación a que se sometía al pueblo: poseer sexualmente a sus mujeres, a sus hijas. El Estado se construye con la misma autoridad con que se somete a las mujeres. Combinación de seducción y autoridad.

El Estado Portaliano se funda en esta dicotomía: Atracción sexual y discriminación social. La atracción sexual, el poseer una China, poseer al pueblo, por parte del Señor, de la clase de los señores ha sido un doble juego de dominación autoritaria e integración. Durante más de doscientos años el intercambio masculino dominador con el femenino subordinado condujo a reproducir la sociabilidad, tanto en sus aspectos violentos, autoritarios, como en sus aspectos integradores y de seducción. A nuestro modo de ver la relación cruzada entre discriminación social y atracción sexual es la clave del entendimiento simultáneo de lo masculino y del poder en nuestra cultura básica.

De esta relación contradictoria surge la imagen del hombre

masculino prepotente, exitoso, que usa la seducción como fuente de dominación. La imagen de Diego Portales es simbólica y paradigmática. Conservador, autoritario, oligarquizante y populista, chinero de chinganas y fiestas en la Chimba, hoy Barrio Bellavista.

Esta imagen se ha propagado a todas las clases y subculturas de nuestra sociedad. No es por casualidad que la obra de teatro *La Negra Ester* provoca delirio en el alma masculina y también femenina. En la chingana estilizada del puerto de San Antonio se refleja profundamente, con enorme cariño parriano, despojado del poder autoritario, la cultura criolla, los arquetipos mestizos de lo masculino y lo femenino, tal como se han criado en estas tierras. Es la utopía. Mantener el aspecto cariñoso y sensual de las relaciones sexuales abjurando de la violación, la frisca autoritaria, el poder masculino en su noche negra.

## El Estado y la Nación

La memoria de una sociedad se va construyendo de múltiples historias, relatos, momentos que van acumulándose en el inconsciente. Los mitos forman parte sustancial de esa memoria, los ritos la reproducen. Don Mario Góngora, enunció una tesis rotunda: en Chile el Estado fue primero, construyó la sociedad, no al revés como puede haber ocurrido en otros lugares. El Estado es masculino. Lo denuncia el lenguaje.

Portales construye el Estado a su imagen y semejanza. Dice Villalobos que "Portales se valió del servicio en las milicias para imponer drásticamente la disciplina y la moral. En ellas tenía un poder incontrastable y se valió de él para corregir a palos, azotes y torturas a los que no andaban derecho. Dentro de esos cuerpos el orden tenía que ser rígido y si alguno se

desmandaba, más le valía no haber nacido, porque en tales casos se desataba la fuerza íntima de Portales”.

Se trataba de subordinar a La Nación, de construirla a partir del orden, de la autoridad del Estado. En eso ha consistido el gran proyecto nacional, el gran proyecto cultural del país. Cómo no considerar que tiene una enorme semejanza con el modelo de relaciones entre hombres y mujeres. El Estado produce el mismo tipo de integración-subordinación de La Nación, de la comunidad nacional. Lo vertical, el poder de arriba hacia abajo, se superpone sobre las relaciones horizontales, sobre la comunidad de hombres y mujeres que se intercambian relatos y crean la cultura.

El concepto de Nación dice relación a la manera de vivir. La nación en todas las definiciones está ligada a un territorio, a la Tierra, a la femineidad mítica por excelencia. **Pacha Mama, Ñuke mapu**, Madre Tierra, cuna de las naciones, lugar espacio en el que se desarrolla la cultura de una comunidad, la comunidad nacional. Los modernos han hablado de “la sociedad civil”, de la “gente”, esto es, de la valoración de las relaciones horizontales.

Las mujeres construyeron la primera sociedad en Chile. Fue la sociedad del lenguaje femenino intercambiado en las relaciones exogámicas. Mujeres que se trasladaban con sus relatos y que fueron haciendo cultura. En buena medida, se ha señalado en las novelas especialmente, las mujeres mantienen la memoria, recuerdan, señalan, dicen las cosas. Aunque ese decir está muchas veces confinado al lugar del silencio, a la trastienda de los olores, a la cocina.

Los hombres construyeron el Estado, quizá a su imagen y semejanza. Pero también en esa relación entre Estado y Nación se construyó la propia masculinidad. La exigencia de historicidad, de asertividad frente a lo público, la parquedad de las palabras, el cuidado con el decir, señalar y sobre todo la capacidad de olvidar. El Estado al igual que el masculino,



manda, es autoridad, y en los casos de cierta tranquilidad, seduce. Si esta acción no rinde efecto, si no se deja seducir, si no “cae rendida a sus pies”, desata la violencia.

## El Estado desnudo

Ha habido cambios profundos, durante los últimos años, en las relaciones de subordinación y dominación. La Reforma Agraria, sin duda, ha sido el proceso más importante de rupturas que ha vivido la sociedad chilena moderna. Allí si bien puede discutirse su valor económico, no es demasiado discutible el hecho de haberse disuelto el sistema feudal de dominación, la servidumbre, el inquilinaje, la vieja tradición hacendal. Hoy se reconstruyen remedos, copias deformadas, escenas kitsch, y no pocas veces ridículas. No sabemos las consecuencias que este remezón a la cultura agraria tradicional tendrá en las nuevas generaciones, en los aspectos relacionados al sistema de dominación social y sexual aquí descrito.

La dictadura de casi dos décadas, fenómeno político interrelacionado con la supresión de los sistemas de dominación agrarios tradicionales, también aportó su cuota de erosión a los cimientos del sistema de dominación. Pensamos sin embargo que se detuvo en cierto modo el proceso de secularización y modernización de la cultura, como producto del resurgimiento del autoritarismo. Efectivamente, muchas de las ideas de ruptura que venían impregnando a la sociedad de los sesenta, quedaron suspendidas en el tiempo como consecuencia de la bestialidad dictatorial. Las izquierdas mantuvieron sus banderas en alto más allá que en otros lugares del mundo. La presencia de la Iglesia Católica jugó un papel muy determinante en la cultura hasta hoy, logrando detener gracias a su posición antidictatorial, los procesos de secularización en marcha. A pesar de ello, en los últimos años asistimos a la modernización

de la estructura hacendal de patronos, inquilinos, peones y chinas. Las rupturas sucesivas, en lo político, en lo ideológico, y la modernización creciente del mundo, transformaron la vida tradicional, la comunidad contradictoria que formaban unos y otros, y que hemos tratado de explicar. Uno de los principios de integración social más importantes en el país tiende a desaparecer. La dominación revestida del vínculo sexual tradicional, la atracción y la seducción, deja paso a la simple y sola dominación y subordinación. No hay lazos afectivos ideológicos de otra especie, que recubran, expliquen o justifiquen la relación autoritaria y violadora. La violencia como fundamento del poder se ve cada vez más transparente. Queda la violencia sola, sentada sobre la mesa.

El Estado queda desnudo, sin un principio femenino de integración, sin un principio de solidaridad, sin un principio de comunidad, sin el principio horizontal del "querer vivir juntos". Posiblemente alguna mente afiebrada quiere reemplazar nuestra antigua sociabilidad por el mercado.

Son concomitantes la crisis del Estado Portaliano con la crisis y transformación de la masculinidad en las relaciones interpersonales de género en la sociedad chilena. Así como en nuestras vidas cotidianas, la crítica a la masculinidad tradicional produce desconcierto, complejiza el vínculo entre las personas, así también, creemos, en relación al Estado se produce una crisis en el principio de integración, un cuestionamiento del vínculo social. Personalmente creo que allí yace una fuente de explicación a muchos de los problemas sociales actuales de nuestra sociedad, en especial la falta de solidaridades internas, la criminalidad, la no resolución de la pobreza, la relación entre sociedad política y civil.

Ya no sirve tampoco como pegamento integrador, la imagen ambigua, ambivalente y bisexuada de Patria, que ha permitido la existencia por casi dos siglos de una Nación subyugada por el Estado. Esa imagen ha entrado en crisis. La

Patria, es un concepto tramposo, ya que el Patria(rca) se disfraza de mujer, con un gorro frigio enredado en sus cabellos largos. La "dulce patria" se comienza a desnudar de su contorno de deidad femenina y queda expuesta a las miradas obscenas e incrédulas de los habitantes de este largo territorio. La Patria a la que se venera "en sus aras", ha permitido combinar la autoridad del padre con la dulzura del "seno materno". Por ello se la quiere, se la añora, se la ama hasta el delirio, como lo han comprobado los miles y miles de exiliados. Frente a un mundo creciente de globalizaciones, la mirada boba frente a un símbolo patriótico no constituye adscripción plena. A lo más es una adscripción futbolística, entusiasta, provocadora del delirio colectivo momentáneo. Justificación para ser feliz.

Caetano Veloso canta que quiere más Matria que Patria. Eso significa en nuestro lenguaje construir comunidad. Que los antiguos intercambios de mujeres se expandan a hombres y mujeres en un intercambio generalizado. Ese principio horizontal de relación entre los géneros puede ser fundador de una nueva forma de concebir la relación entre Estado y sociedad, la nación de las personas, de las que forman la sociedad.

Así como la imagen de lo masculino cargado de historicidad, depósito del honor del linaje, ya no es funcional a la realidad, así tampoco el Estado puede constituirse solamente en la fuerza subyugadora de la comunidad nacional. Sin el principio de integración y solidaridad el Estado queda al desnudo.



## Ser hombre en el Norte Chico: El testimonio de un historiador

Jorge Pinto Rodríguez<sup>1</sup>

Quiero referirme a lo que significa ser hombre en el Norte Chico. En esa zona nací y a ella dediqué varios años de mis esfuerzos como historiador. Desde hace doce estoy trabajando en Temuco temas de historia fronteriza, en la tierra de la lluvia y de ese verdor que todavía me confunde. Retornar entonces a este tema, es volver a mis raíces, al mundo del cual provengo y con el cual me siento tan identificado. Por eso trataré de matizar combinando lo que aprendí por la historia y lo que he podido apreciar como una persona que un día nació en La Serena y que ha vivido una parte importante de su vida en los valles interiores o en esos pueblos perdidos que se levantan entre las montañas que invaden, casi con irreverencia, todos los rincones de la zona. A esa tierra vuelvo muy a menudo para reencontrarme con mi mundo y con mi gente, para evocar los años de mi infancia, mi juventud y mi etapa de hombre maduro, confundido entre los recuerdos fascinantes de historias que escuchaba de mis abuelos y la soledad de paisajes que todavía me sobrecogen.

Hablaré de los “lachos”, de esos personajes con los cuales me encontré, por primera vez como historiador, cuando hacía mis estudios sobre la minería de la zona. Hacia 1750, más

---

<sup>1</sup> Historiador, Departamento de Historia, Universidad de la Frontera.

o menos, los empresarios descargaron toda la responsabilidad en el fracaso de algunas faenas en la conducta de estos individuos. Un funcionario recién llegado de España que escuchó sus quejas, no entendía el término ni tampoco la magnitud de sus faltas. Optó por lo más sencillo: pidió que le explicaran de qué se trataba. Cuanto le dijeron quienes respondieron a sus preguntas justificaba la alarma de los empresarios. Se trataba de “gentes ociosas, engabilladas, entre los cuales andan fugitivos, ladrones y algunos matadores [que] se acogen a las casas de ... mujeres, a los juegos y embriagueces, de lo que han resultado varias muertes y heridas”.

Los “lachos” encarnaban todas las conductas condenables que los grupos dirigentes de la sociedad regional podían atribuir a los transgresores de las normas morales que querían imponer a esa sociedad. Donde había alcohol, juego y mujeres de “vida licenciosa”, allí estaban los “lachos”, congregados, según se decía en otro expediente, en verdaderas “sinagogas” de maldad. A diferencia de otros transgresores, las fuentes dejan la impresión de que el delito no se asociaba a la falta que cometían los “lachos”, sino en la condición de “lacho”. Es decir, ellos y no su conducta eran la expresión del delito.

Visto el asunto con más calma, las cosas parecen ser un poco diferente. En una sociedad donde la familia tradicional casi no podía sostenerse por los hábitos laborales y las condiciones de vida de la población, los “lachos” no eran más que transgresores de la norma matrimonial en los estratos más bajos de la sociedad, amantes populares que no estaban dispuestos a reprimir sus sentimientos o “las demandas del cuerpo”, con la evidente complicidad de las mujeres que deambulaban por los minerales de la zona en busca de lo poco que les podía brindar la vida: sustento para seguir viviendo y una relación afectiva que le diera sentido a su existencia. Eso eran los “lachos”, amantes populares capaces de arrastrar a las mujeres hacia aventuras, según los empresarios, de dudosa moralidad.

La figura del “lacho” parece calzar muy bien en una sociedad tremendamente machista, cuyo machismo todavía sobrevive, quizás con más fuerza que en otras zonas del país. Yo creo que se trata de un machismo fomentado por las propias mujeres, que terminan colocando al hombre en una cierta situación “de privilegio”. Así, tal como se lee, “de privilegio” entre comillas. Lo puedo decir por haber nacido en esa zona y por haber vivido allí una parte importante de mi vida. Es el machismo que descubro cada vez que vuelvo y que no sólo expresa el afecto por quien retorna, sino una conducta que las mujeres han hecho suya. Me imagino que para esas mismas mujeres debe tener un costo muy alto, aunque para nosotros, los hombres, significa algunos beneficios.

Sin embargo, los beneficios implican también una especie de compromiso, una suerte de presión hacia los hombres que las mujeres tal vez no alcancen a comprender porque no pueden vivir la experiencia que nosotros vivimos en nuestra condición de hombres. Se trata de esa presión que nos obliga a ejercer nuestra condición de macho, de hombre en una sociedad que espera de él muchas cosas que obviamente a veces no podemos lograr.

Beneficios y presiones, eso significa ser hombre, ventajas y sacrificios que se traducen en un desdoblamiento que nos transforma en sujetos que siempre andamos en busca de afecto. Tal vez por eso los “lachos” prosperaron allí.

Es justamente esta una de las cuestiones que más me sorprende en los hombres de mi tierra. Esta suerte de desdoblamiento que habitualmente observábamos en ellos. Por una parte, nunca abandonan la pretensión de ser el macho dominante; por otra, tampoco dejan de ser afectivos, sensibles, creyentes de mil leyendas y dispuestos hasta la ingenuidad a entregar lo propio cuando se conduce el corazón.

El macho dominante aparece en las faenas mineras, en el agro y entre los arrieros. Se trata, en los tres casos, de labores

que requieren de una enorme fortaleza, destacada por todos los viajeros que pasaron por la región, desde el siglo XVII en adelante. Hasta hoy, sorprende la capacidad de estos hombres para producir y desenvolverse en medio de condiciones tan adversas y a veces casi insoportables. Recuerdo que un visitante comparó la región con Siberia, agregando que no había zona en el mundo comparable a esta por su particular aspereza. Todo allí es precario e insuficiente y eso parece transformar a los hombres en sujetos aguerridos, siempre dispuestos a la lucha, cuya masculinidad se traduce en una fortaleza, seguramente admirada y respetada por las mujeres.

Sin embargo, estos mismos hombres, fuertes y aguerridos, envidiables por aquella capacidad física, desnudan sus sentimientos más profundos y sus propias flaquezas en aquel desdoblamiento al que recién hacía referencia. Eso ocurre, por ejemplo, cuando en la soledad de la montaña o en la profundidad de los valles, descubren su pequeñez y confiesan sus ambiciones. Entonces, desaparece el macho dominante y aparece el hombre sencillo, devoto de la Virgen, supersticioso hasta el límite e ingenuo cuando los brazos de una mujer le ofrecen la calidez que pocas veces encuentra en la naturaleza.

La misma fragilidad del medio parece invadirlos y transformarlos en personajes cuya sensibilidad está a flor de piel. Son los hombres que encuentro en la placilla, una vez vaciadas las tensiones, deslumbrados por leyendas de tesoros escondidos por los montes o en las fiestas religiosas, entregados a la voluntad de la Virgen. En ambos casos, parecen reemplazar esa masculinidad expresada en un machismo desbordante en una actitud de ingenua entrega, de sumisión frente a la mujer encarnada en la Virgen o en la amante. Releyendo algunos documentos del siglo XVIII o los testimonios de viajeros del XIX uno encuentra a estos personajes a cada paso.

Siempre recuerdo un texto de Domeyko, de mediados del siglo pasado, cuando visita la región. Domeyko recorría los



valles de Copiapó, acompañado de un viejo baqueano, un hombre de aquellos que deambula detrás de derroteros en busca de una fortuna que nunca encontró. Domeyko parece hablar por su interlocutor y nos permite descubrir al poeta que habla de su tierra, de las riquezas del cerro, de su vida, de sus aventuras de macho en la mina, en el campo o en la placilla, allá, en los años de su juventud; pero que, de pronto, se vuelve melancólico, silencioso, opaco, como el color del cerro, tal como los vio Vicuña Mackenna hace casi cien años.

La precariedad parece ser la nota dominante en el Norte Chico. Todo parece llegar y esfumarse antes de alcanzar su plena manifestación. Así viven los hombres y mujeres de esta tierra. Casi luchando contra el tiempo, con cierta premura, arreglando hoy lo que se tendrá que recomponer mañana. Tal vez por eso, nunca pudieron elaborar un proyecto propio, distinto al de los grupos dominantes que los empleaban para producir lo que ellos querían que produjeran. Tal vez por eso, tuvieron que desplazarse hasta el Norte Grande, para completar un ciclo que los transformó de luchadores por la vida en actores de un proceso social que los enfrentó a quienes controlaban las faenas.

¿Qué factores influyeron para que la conducta de estos hombres se expresara de esta manera? Sospecho que operaron tres, que se refuerzan y complementan, derivando en la figura de un "hombre ausente", físicamente lejano, de presencia esporádica que las mujeres y la familia pocas veces logra atrapar. Me refiero a las condiciones del medio, a las características de su economía y un sincretismo cultural que se traduce en una actitud hacia la vida que contrasta fuertemente con las conductas que desean imponer los grupos hegemónicos de la sociedad. Quisiera referirme a cada uno de ellos.

## El impacto del medio

El medio natural ejerce una fuerte influencia en los pobladores de la región. Uds. saben que nosotros vivimos encajonados por los cerros, colgando de ellos. Se trata de una realidad que no se conoce en el Valle Central o en el Norte Grande; yo diría que en el Norte Chico vivimos colgando de los cerros, tratando de escurrirnos por los valles, que se convierten en una permanente invitación para dejar la tierra o la faena minera, para aventurarse por lugares conocidos y otros no tanto. Las tierras son vastas, pero el agua escasa, la agricultura florece con mucha dificultad y se agota a veces antes de tiempo, transformando a los valles en pasadizos por los cuales deambulan hombres y mujeres en busca de un destino mejor. Al menos, eso me parece que ocurrió hasta el último gran ciclo emigratorio provocado por la gran minería del cobre.

Las faenas mineras tampoco retienen al trabajador. La dureza del medio, las presiones del trabajo y la exigüidad de los salarios no alientan la permanencia de barreteros, apires y horneros. Otra vez los valles son la invitación para partir. Al final, los hombres del Norte Chico nunca viven en un punto, siempre están moviéndose de un lugar a otro, como huyendo de los cerros, del valle, del trabajo, de los patrones o quizás de ellos mismos.

Hace unos días estuve en Cochabamba y me tocó hacer el viaje de regreso en el Lloyd boliviano que vuela, precisamente, sobre la cordillera, donde nacen los valles que desembocan en el mar 80 ó 100 kilómetros después. Impresionan por su estrechez y pobreza. Son valles angostos y secos, con una agricultura reducida y faenas mineras que se pueden identificar por los senderos que cruzan los cerros en distintas direcciones. Me pareció impresionante. Cuando contemplaba el paisaje desde arriba, recordaba lo que alguna vez escribí sobre los peones de

minas, siguiendo el testimonio de un europeo que estuvo en la zona en el siglo XVIII. Decía este europeo que los hombres de esta tierra nunca se estabilizan en un punto, un día están en La Serena, otro en los valles, más tarde en las faenas mineras, transformados en andariegos incorregibles. La estrechez del medio parece ser un estímulo para esta conducta. Es una manera de escapar que se traduce en una actitud hacia la vida, la familia, la mujer o los hijos, que los convierte en “hombres ausentes”, siempre lejanos, que llegan y se van con la velocidad del viento. ¿Qué hacer para retenerlos? ¿Habrá influido esto en la actitud de las mujeres que alimentan un machismo que persigue, tal vez, embrujar a los hombres?

Entre un medio que expulsa a la gente, que invita a recorrer la tierra o a rodar por los valles y el esfuerzo de la mujer y la familia por retener a uno de sus miembros, se fueron fraguando conductas que quizás derivaron en un machismo que alterna las figuras del hombre fuerte, capaz de aventurarse por tierras desconocidas en busca del sustento, con la del macho seducido y aplacado por una mujer que, en el recodo de un camino o en la choza que ampara al hogar, le ofrece, cariño, paz y seguridad.

## La economía regional

El segundo factor que influyó en la conducta de los pobladores del Norte Chico creo que está en la economía.

Desde muy temprano, en pleno siglo XVI, se desarrolló en la zona una economía que combinó la agricultura con la minería. Más adelante se fueron configurando espacios muy precisos en los cuales predominaba una u otra actividad. Ya en el siglo XVIII era posible distinguir algunas áreas urbanas o

seudo urbanas (Copiapó y La Serena), distritos agrícolas, zonas mineras y otras en las que se combinaban la agricultura con la minería. Tales espacios, recorridos por arrieros sin los cuales la economía no habría funcionado, en vez de favorecer una especialización laboral, no fue sino un acicate más para abandonar la tierra o la faena en busca de un destino mejor.

Los empresarios lo sabían, por eso trataron de retener a los trabajadores con salarios más altos, anticipos de los mismos, alcohol y las famosas placillas que sostenían en lugares cercanos a las faenas para entretener a la peonada. Todo resultó inútil. Nada retenía a los hombres y a las mujeres que deambulaban detrás de ellos. Otra vez aparece la figura del eterno caminante que se descuelga de los cerros, rueda por los valles o cruza montañas, en busca de un destino mejor, presionado a veces por los propios empresarios que quieren conseguir mano de obra; otras, por sus propias ambiciones.

En el fondo, los pobladores del Norte Chico siempre han sido buscadores de fortunas, aventureros por naturaleza, fieles creyentes de leyendas que aseguran que en alguna parte los espera una riqueza que parece estar al alcance de la mano. Nunca la consiguen, pero jamás dejan de creer en ella. Al final, terminan convertidos en especies de fugitivos que alimentan esperanzas e ilusiones, convencidos de que al fin darán con los tesoros ocultos en el monte o la faena que les permitirá reunir lo necesario para volver donde quedaron la mujer y los hijos.

Sin embargo, los valles son todos iguales y la dureza del cerro similar en todas partes. La fortuna nunca llega y cuando llega parece quemar las manos. De nuevo todo es precario, como precarios son también los sentimientos. Surge otra vez la figura del "hombre ausente", del amante lejano, del padre casi desconocido, del hombre que termina fraguando su vida en escenarios que lo obligan a ser fuerte como el macho, pero sumiso cuando las fuerzas se agotan en los brazos de una mujer o en la calidez del hogar, siempre pobre y esperando al

ausente, sea esposo o amante. La familia oficial aquí no importa, los sentimientos terminan ordenando las estructuras sociales conforme a las posibilidades que brinda la vida. Eso nunca lo entendieron los grupos rectores de la sociedad o los moralistas que se empeñaron en corregir a los "lachos" o a los transgresores de las normas matrimoniales, que en el Norte Chico prosperaron como en ninguna otra parte.

Sin duda, los hombres asumieron una actitud frente a la vida que los desligó, muchas veces, de sus seres queridos. Apparentemente irresponsables frente a la mujer y los hijos, tuvieron que reprimir amores y cariños que no pudieron transmitir a su gusto. Esta vez, los sentimientos ahogados creo que se reflejan en la melancolía y en su carácter sombrío. Cercados por la soledad y las tinieblas, sus almas se asimilan al desierto y a las montañas. En la faenas viven en silencio; en los poblados, el vino los transforma en personajes locuaces y en una amenaza cuando empuñan el corvo o la cuchilla maulina. El minero ebrio y contrariado del Norte Chico, escribió Vicuña Mackenna, es un ser temible, vengativo y peligroso. Jotabeche, que los conoció muy de cerca, agregó que parecían pertenecer a una raza maldita.

Era el precio que cobraba entre los hombres ese desdoblamiento del que hablaba hace un momento. El esfuerzo de ser macho y tener que sublimar los sentimientos, tenía que explotar de alguna manera. Así interpreto la conducta de estos hombres, viejos campesinos o arrieros, que por las urgencias de la vida se convertían en mineros. La economía debió influir en sus comportamientos.

## El sincretismo cultural

El tercer factor que quisiera comentar en esta oportunidad, tiene que ver con lo que podríamos llamar el sincretismo cultural. Se trata más bien de un sincretismo religioso a partir de la confluencia de una religiosidad que pone el acento en el pecado y otra festiva, herencia del pasado indígena.

La cristiandad occidental que llega con el europeo del siglo XVI puso el acento en el pecado y en los mecanismos de control de los apetitos corporales. Hecho de cuerpo y espíritu, el hombre fue percibido como una mezcla que debía contener el cuerpo para salvar el espíritu. Religiosidad normativa, fuertemente interesada en la salvación, el cristianismo pudo constituir un freno para muchas conductas que caracterizaron a los hombres del Norte Chico. Sin embargo, el cristianismo encerraba también una fuerte dosis de machismo que no se puede desconocer.

Mientras el hombre fue presentado como una criatura mitad bestia (cuerpo), mitad hombre (espíritu), predominó la idea de que la mujer era, más bien, pura corporalidad o sensualidad. La fábula de Eva o la imagen de la mujer que provocó a José, caló fuertemente en la cultura local. Por esta y otras razones que no alcanzo a comentar, tengo la impresión de que en América Latina, la humanidad imponía, desde el siglo XVI, dos condiciones: ser hombre y ser blanco. Todos quienes no correspondieran a esas condiciones, podían ser cuestionados, entre ellos, los indios y las mujeres.

Emerge así la figura de una mujer que amenaza la salvación, que incita al pecado, que hay que vigilar y contener para el bien de la humanidad. Todo en ella es sensualidad, corporalidad, debilidad que descubre Satanás y que las transforma en presas fáciles del señor de las tinieblas. Se transfiere a las mujeres una connotación diabólica y a los hombres la responsabilidad de encaminarlas por el buen camino, colocándolos en una

posición de privilegio que en el cristianismo se descubre con mucha facilidad. Lo curioso de esta historia es que esta religión arraigó mucho más profundamente en las mujeres que en los hombres, transformándolas en transmisoras de una cultura de fuerte contenido machista.

Lo que en la mujer es pecado, en el hombre apenas expresión de la debilidad del cuerpo. Aunque se condenan sus excesos y las transgresiones que hace de las normas morales, nunca se pone en tela de juicio su humanidad. En cambio, cualquier mujer que asuma conductas de esa naturaleza es diabolizada o asociada al mundo de la brujería, condenándosele por partida doble: por los delitos que comete y, como género, por una debilidad que la expone a ser víctima de los espíritus maléficos. Una mujer nunca puede, en consecuencia, asumir conductas semejantes a las que asume el hombre, y si lo hace, se expone a una doble sanción.

Y esto me recuerda a los “lachos” de nuevo. Cuando las autoridades denunciaron sus faltas y trataron de combatirlos, no pocos dirigieron sus miradas hacia las mujeres. Eran éstas las que se dejaban ver por los cerros y los valles, provocando a los hombres; eran ellas las responsables de cuanto ocurría, por eso había que cerrarles el paso, correrlas o colocarlas en casas de resguardo para evitar que consumaran su voluntad.

Muchas mujeres no creyeron este cuento y muchos hombres las apoyaron. Esto explica el alto número de “lachos” y la preocupación de las autoridades de la época por una conducta que miraron con tanto desagrado. Viejos resabios de una religiosidad indígena, festiva y que no entendía el pecado como lo hacía el cristianismo, debió contribuir a ello. Por ejemplo, numerosos pueblos indígenas no entendieron por qué los misioneros se flagelaban y castigaban y por qué invitaban a una vida de austeridad que para ellos no tenía sentido. Tampoco tenían una idea del cuerpo semejante a la del europeo, ni una concepción de la sexualidad como máxima expresión del pecado. El

peculiar machismo que predicaba el cristianismo podía reforzarse así en las propias religiones nativas, que, sin duda, dejaron huella en la cultura popular, acentuando esa posición de privilegio del hombre.

En otros casos, cuando las mujeres azuzadas por los curas asumieron su rol de subordinadas, terminaron haciendo suyo un discurso y una práctica que en poco las favorece. Entiendo que de múltiples maneras esas mismas mujeres encontraron fórmulas para transgredir las normas que se les trataba de imponer y que, parafraseando el título de un libro, *El afán de pecar superaba el afán de normar*; pero, de todas maneras, contribuyeron a generar un ambiente en el cual se le conceden al hombre más derechos que a la mujer, en todo orden de cosas, en el manejo de los recursos, en la disposición del tiempo, en la expresión de sentimientos y en la propia sexualidad.

## Una sociabilidad machista

Las formas de sociabilidad que establecemos los seres humanos están marcadas por ciertas peculiaridades que arrancan de lo que es propio del lugar y la cultura que las ampara. En el Norte Chico, creo que las cosas apuntan a la existencia de relaciones sociales marcadas por el machismo. Aparentemente, eso deja a los hombres, en una posición privilegiada; sin embargo, hay un precio que tenemos que pagar, tal vez, de una manera distinta a las mujeres.

Una sociedad machista impone también al hombre un sentido del honor que lo torna muy vulnerable ante la mujer y ante los propios hombres. Estudiando la violencia en la zona, en el siglo XVIII, descubrí, hace algunos años, el enorme impacto que tenía en las conductas agresivas, las transgresiones a la norma matrimonial. Sin embargo, las situaciones más dramáticas no ocurrían cuando las mujeres luchaban por sus hombres,



sino cuando éstos descubrían comportamientos que ponían en tela de juicio su honor de machos. Recuerdo el crimen que cometió un poblador del valle de Elqui agobiado por los celos y su absoluta incapacidad para impedir que su mujer lo dejara por otro; recuerdo, también, otros actos de violencia que se originaban en situaciones semejantes. No sé si el dolor del hombre será mayor que el de la mujer, son experiencias que no podremos comparar jamás; sin embargo, los sentimientos de frustración, orgullo herido y angustias que transmiten los documentos que tuve a la vista, dejan la sensación de que aquello es, a veces, demasiado alto para los hombres de una sociedad que parece colocarlos en una posición de privilegio.

Esa posición de privilegio parece obligarnos también a tener que demostrar, a cada paso, nuestra masculinidad, a reivindicar una hombría entendida como una fortaleza que no se la puede poner en duda. Esto nos hace vulnerables entre nosotros mismos, los propios hombres, y nos convierte en los habituales luchadores que buscamos ansiosamente marcar nuestros espacios, establecer lo propio y demostrar que tenemos capacidad para defenderlo. En esto, no nos diferenciamos demasiado de los otros machos del reino animal. Entre los campesinos, mineros y arrieros del Norte Chico, estas actitudes son muy evidentes. A veces en tono festivo, otras descargando impresionantes dosis de agresividad, estamos allí exponiéndonos a una lucha de resultado incierto por demostrar lo que otros esperan que demostremos.

La masculinidad se vive también en el Norte Chico en el marco de una sociedad más relajada y transgresora. El hecho de que todos sean trashumantes, viajeros empedernidos, no ayuda a consolidar sentimientos o afectos permanentes. La familia no funciona como en otras partes, las modalidades alternativas prosperan con profusa difusión, los hijos se crían con padres ausentes y las mujeres se ven obligadas a reorientar sus vidas y sentimientos, en medio de conflictos descubiertos o encubiertos.

La sociedad regional tuvo que abrir espacios para que hombres y mujeres ordenaran o rehicieran sus vidas. Y todos hemos debido aceptarlo. A veces con resignación; otras, aprovechando las ventajas de una vida que nos hace, aparentemente, más libres.

Ser hombre en el Norte Chico creo que implica beneficios y sacrificios. Derechos y deberes, compromiso de no ser siempre lo que se quiere ser, sino más bien lo que quieren que seamos, aquellos que han tratado de normar la sociedad. También, lo que aspiran aquellas mujeres que, consciente o inconscientemente, alimentan actitudes que nos hacen presumir que gozamos de una situación privilegiada. No siempre resulta fácil, son los desafíos de una masculinidad que no admite tregua.

## Entre el machismo y el sadomasoquismo. Una visión del género en Chile

Eduardo Devés<sup>1</sup>

Hace algunos meses Sonia Montecino en una conversación informal me contó sobre un ciclo que se planificaba, sobre machismo o algo así.

Se conversó allí sobre el tema y la acción del macho y cómo esto era algo que aparecía en diversas disciplinas, en quehaceres culturales distintos.

Se me preguntó o se constató que en algunos de mis textos esto había aparecido, que tanto en investigaciones sobre el movimiento trabajador como sobre caudillismo y dictadura aludía al macho y al machismo, cosa que entre los de mi gremio no era frecuente.

Luego me llegó una invitación que decidí aceptar con temor. No faltó quien me señalara que era una invitación peligrosa y para qué irse a meter en las patas de los caballos, que no había que desafiar la suerte, que no había que hacerse problemas, que de seguro habría una horda feminista dispuesta a sacrificar a este pobre servidor ingenuo que confiaba en la Universidad.

Mi amigo que esto me señalaba por alguna razón creía que yo vendría en defensa del macho y del machismo, cosa que yo no pensaba hacer, sin embargo, le parecía a él que cualquier cosa que se dijera iba a ser mal interpretada de no ser una simple y llana condena que él sabía que yo no hacía.

---

<sup>1</sup> Historiador.

Pero estimado amigo, le señalé, voy en son de historiadador y no de defensor de un tipo de comportamiento. Se despidió de mí con algo de pena y desdén: como quien mira a un suicida, a un moribundo.

Le señalé por último para tranquilizarlo que no sería de machos aceptar una invitación como ésta y que yo esperaba salir airoso de este trance.

Primero quiero contarles sobre mi investigación en torno a la matanza de la escuela Santa María de Iquique y la cultura obrera de comienzos de siglo.

Lo segundo es mi interpretación del régimen de Pinochet como relación erótica perversa entre la patria y el dictador.

Identifico el problema del macho o del machismo con los siguientes tópicos:

1. Valentía
2. Conducción, dirección
3. Penetración - como romper, rajar.  
- como calar, marcar.
4. Defensa, protección
5. Osadía, ir más allá, avanzar.

## El machismo en Santa María de Iquique

Parecería que el haber permanecido en la escuela y haberse negado a desocuparla se debió en lo fundamental a que los trabajadores nortinos fueron presa de su propia intransigencia. Se habían decidido a dar la pelea hasta el final y nadie los iba a quebrar. Eran pampinos, rotos machos, habían dicho que no se movían y no se moverían. Que la fuerza de las bayonetas viniera

a desalojarlos. Uno que otro podía salir, aceptar las órdenes o sugerencias de las autoridades; la mayoría no. Que vinieran a desalojarlos, para que vieran con quienes se encontrarían. No iban a negociar más, ni los iban a quebrar. Por lo demás ya bastante habían cedido, los patrones habían permanecido intransigentes; querían que ellos volvieran a la pampa primero, que les aceptaran declaraciones de pura palabra, como si no hubieran mentido ya tantas veces. No, en ese caso preferían irse, emigrar, cambiar de trabajo, de región o país, pero ya estaba bueno de abusos. ¿Qué se creían estos gringos? Ellos no eran esclavos ni siervos de nadie. Además la redención social era cosa inminente; por todas partes en el mundo se percibían los progresos del pueblo. Ya no era solamente en la vieja Europa donde había un fantasma transhumante que recorría, hacia 1850, Alemania o Francia o Inglaterra o Rusia, que asustaba a Metternich o Guizot, al Zar o a los polizontes alemanes. Ahora ese fantasma recorría todo el mundo y por tanto también la joven América y el largo y valiente Chile. Ese fantasma tenía un cuerpo compacto, organizado y poderoso. ¿No era el pueblo quien todo lo fabricaba? Pues, entonces era él quien todo lo podría. Los militares eran tan pocos contra una masa inmensa que era capaz de coparlos cuando quisiera, tan pocos ante la masa inmensa del ejército del trabajo compuesto por miles y miles de aguerridos combatientes a los que sólo faltaba ponerse de acuerdo, coordinarse para ser omnipotentes. ¿Qué podía hacer la metralla contra tanto trabajador? ¿No era, por lo demás, la misma huelga de Tarapacá un ejemplo de la unidad y la fuerza de los obreros? Y los hombres armados frente a ellos ¿no eran en su gran mayoría obreros vestidos con uniforme? ¿Iban acaso a disparar sobre sus hermanos? ¿Iban a mancharse las manos con la sangre de sus padres y madres?

Los trabajadores cayeron en el círculo vicioso de sus juicios equivocados, de sus falsas concepciones, de sus confusiones entre deseos y realidades, de su orgullo empecinado,

de su megalomanía colectiva, de su mesianismo político. Se habían decidido a dar la pelea hasta el final, para eso habían bajado a Iquique; no querían negociar más. Sus opciones anteriores les habían ido cerrando alternativas. Pero dar la pelea hasta el final era resignarse a ser vencidos cabalmente, era decidirse a no obtener nada o provocar la revolución social, única manera de garantizar mejoras, de afirmar conquistas; pero ella no estaba siquiera en el horizonte remoto de sus aspiraciones, aunque sí en la ideología de algunos. Se empeñaron en obtener todo lo solicitado yendo más allá de lo que sus propias fuerzas podían permitirles y garantizarles. Por último, se les podía haber prometido todo para luego haberles quitado sus logros y haber realizado un vasto plan de represión selectiva en las oficinas, plan que les impidiera rearticularse y rearmar el movimiento. El orgullo, el empeñamiento y el mesianismo los enterró. Fueron presa de sus propias acciones. Cayeron por aspirar a lo máximo sin decidirse a construirlo ni ser capaces de hacerlo. ¿Cómo pretendían obtenerlo todo, triunfar, si cabalmente eran los enemigos los que tenían las leyes y la fuerza? Ellos tenían convicción pero les faltaba claridad.

Se ha dicho, sin embargo, que la respuesta de los huelguistas fue prácticamente inexistente y que algunas de las bajas causadas entre la tropa fueron consecuencia de los disparos de otros uniformados. En todo caso, de acuerdo al relato de Marín “en la primera descarga ya vieron batir al viento y que caían en mortal desmayo las banderas blancas de los huelguistas pidiendo piedad para sus vidas”. Las descargas continuaron y poco a poco iban cayendo los abanderados desde la azotea acribillados a balazos. Entre descarga y descarga debe haber sido que Luis Olea, como “un verdadero héroe, con una valentía digna de su raza”, se abrió paso entre sus compañeros y descubriéndose el pecho habría gritado: “Apunta, general, aquí está también mi sangre”.

De acuerdo a las versiones de otro testigo, “ninguno de los dirigentes huelguistas cayó, pero sí fueron muertos en el tiroteo directo tres trabajadores que se encontraban trepados en el quiosco”. Parece que tanto los disparos como la caída de estos cuerpos sobre la muchedumbre apiñada produjo enorme confusión.

Silva Renard había ordenado evacuar el sector por una de las calles laterales, Barros Arana, pero la multitud descontrolada tendió a salir hacia el frente, hacia la Plaza Montt, donde se hallaban apostadas las tropas. Al parecer, ante la estampida humana, los soldados tendieron también a descontrolarse “creyeron que se trataba de una carga de los obreros para luchar cuerpo a cuerpo”. Según el testigo citado, “no podía mantenerse la serenidad en tan rápidos instantes”, por lo cual ante la desenfrenada carrera de los trabajadores que se venían encima “los soldados dispararon con los resultados consiguientes”.

Continuó su informe el general diciéndonos que luego de la respuesta de disparos por parte de los huelguistas, “ordené dos descargas más y fuego a las ametralladoras con puntería fija hacia la azotea donde vociferaba el Comité entre banderas que se agitaban y toques de corneta”. Efectivamente parece que durante un momento el fuego se detuvo, pero para seguir luego más graneado, se modificó el alza de las ametralladoras bajándolas en dirección al vestíbulo y patio del edificio donde se encontraba gran cantidad de gente que rebasaba hacia la plaza.

## La cultura obrera ilustrada en tiempos del centenario

Es sorprendente el comportamiento de los trabajadores en la Plaza Montt de Iquique, el sábado 21 de diciembre de 1907, antes de la masacre. Es sorprendente principalmente por dos razones: primero, porque atenta contra el buen sentido

(contra nuestro buen sentido) y segundo, porque se hacen y se dejan masacrar. Hay curiosamente un sino fatal en ese movimiento que se inmoviliza a sí mismo, que se cierra las puertas y los escapes, que se encierra en orgullo y principismo.

Se puede, claro está, dar la respuesta de la inmadurez. Decir que se trata de un movimiento obrero joven, con una ideología que carece aún de la suficiente coherencia y consistencia. Parece más adecuado conceptualizarlo en términos de mentalidad. Existe allí una mentalidad hecha de machismo y utopismo: hay una ideología que se integra con (en)ella: ideología de la patria, del progreso, de la omnipotencia trabajadora.

A esa cultura obrera le era difícil, muy difícil, asimilar la propia experiencia dolorosa. Una determinada mentalidad y una determinada ideología (en original simbiosis) se transformaba en obstáculo para aprehender el lado feo de la historia; había demasiado carácter místico, sacral, para pensar la realidad "fríamente". Es una cultura "joven" si se quiere, pero que no va a madurar sino que va a morir (haciendo un símil darwiniano), porque no va a poder sobrevivir por falta de aptitud. El mundo cambió y ella no pudo readaptarse. Es cierto que la cultura posterior va a tratar de recuperar sus valores. Incluso hoy día estamos haciendo el estudio, arqueológico, de los elementos que la constituyeron y de las situaciones que construyó o en que se vio envuelta.

El machismo (en el sentido de valentía e intransigencia) y el principismo, como elementos de mentalidad, y la cuestión del progreso, como ideología no permitían considerar cabalmente que los obreros podían ser vencidos. Incluso, si se concebía la posibilidad de la derrota se conceptualizaba ésta en términos de sacrificio y por ello, en vez de pensarla como derrota actual, se la consideraba como victoria futura.

El trabajador rodeado por fuerzas militares en una plaza de Iquique rehusó negociar, se negó a creer en la evidencia y prefirió creer en su deseo.



## Las cuatro vidas de Pinochet

La nación chilena es a su dictador lo que la Flaca Alejandra<sup>2</sup> a su torturador: hembras golpeadas y humilladas pero que soportan enamoradas la bota que las pisotea mientras gimen lastimeros refranes de venganza.

Es posible pensar la relación entre Chile y su dictador en los términos del amor perverso, suerte de atracción sadomasoquista entre dos partes que siendo incapaces de encontrarse en el gozo no pueden, sin embargo, desprenderse la una de la otra. Prisioneras respectivas, prisioneras del poder, de la soledad, del amor, de la pasión. Se debaten por la libertad sin obtenerla, se revuelcan en el placer sufriendolo, se encuentran gozosas un instante para luego caer obligadas a vivir amándose y soportándose a arañazos.

¿Cómo pensar al dictador, su rol y su relación con este país? ¿Qué imágenes y metáforas es posible emplear? ¿A qué dimensiones humanas o creaciones literarias echar mano para iluminar el enigma de la permanencia del dictador contra toda previsión?

Es posible pensar al dictador como príncipe florentino del 1500 o como caudillo por la gracia de Dios, como líder populista seductor de la masa o macho castigador o peón de las transnacionales; puede pensarse como el brazo armado de la burguesía, como cafiche de una república emputecida hasta llagarse, como el amo de una patria humillada por una esclava.

---

<sup>2</sup> Militante del MIR que en 1974 cayó en manos de la DINA y fue pieza clave en la detención de los más importantes dirigentes del movimiento. Luego de ser torturada, delatora y torturadora (según se dice) se emparejó con uno de sus propios victimarios. Su caso me interesa como símbolo de Chile: nación que se ha traicionado emprendiendo una relación crítica perversa con quien la tortura.

vidad sin nombre. Figuras todas inconclusas, mezcla incompleta y fallida, a nuestro dictador hay que pensarlo como lo que es en su especificidad. Pensarlo con todas esas analogías puede ayudar pero también puede oscurecer porque no es ninguna de esas cosas exclusivamente. Hay que pensarlo como todo eso y más que eso, hay que pensarlo como el inédito dictador de Chile, realidad insólita para entender, la cual, hemos ido dificultosamente creando un lenguaje, a medida que nos hemos ido comprendiendo a nosotros mismos.

Puede que sea una forma brutal de decirlo, pero se debe ser capaz de pensar la erótica y la política tendiendo como clave a la Flaca Alejandra.

El marqués de Sade fue probablemente un hito en el pensamiento o la sensibilidad occidentales. Auschwitz fue en la práctica y la sensibilidad de Occidente otro hito. Villa Grimaldi o Villa Devoto constituyen nuestro punto de referencia. Pero no son únicamente nuestro horror autóctono así como también tenemos nuestras pirámides o nuestros premios Nobel. Allí se delató el “síndrome de Estocolmo”: maldita fascinación entre torturada y torturador. Es por último que nos interesa.

Eso de tener como clave a la Flaca Alejandra significa hacerse cargo de la realidad y hacerse cargo de ella, incluso en sus facetas más grotescas. Significa también estar dispuestos a pensar más allá o, si se prefiere, estar simplemente dispuestos a pensar. Por otra parte, descubrir en aquellas dimensiones particulares toda la carga simbólica que conllevan para descifrarlas y convertirlas en claves de comprensión de totalidades mayores.

Hay quizás una pretensión por ir más allá de las tasas de natalidad o mortalidad, del crecimiento o no de la producción nacional, de la urbanización o la modernización de la enseñanza. ¿Por qué se ha producido el horror, por qué se ha mantenido, por qué de este modo? ¿Cómo se han combinado los elementos para que la corrupción, la mentira, el asesinato, el

desprecio, la tortura se hayan podido entronizar a tal grado? ¿Por qué ambas partes (víctimas y victimarios) han perseverado en jugar dichos roles, por qué no han querido o no han podido actuar de otro modo? ¿Cómo se explica que grupos sociales que se consideran tan cristianos y humanistas, tan civilizados, hayan decidido realizar el apartheid y consagrar dos mundos: uno de pequeños productores, autómatas desnutridos, sin derechos ni destino y otra de hombres grandes y bellas mujeres, internacionales, blancos, ejecutivos, con poder y brillo? ¿Por qué en el año 73 se inaugura una línea inversa al proceso de incorporación que caracterizaba al “estado de compromiso”? ¿Es el terror y la venganza la causa de todo ello? Es que no habían podido realizarlo antes, dirán algunos; no lo habían necesitado, dirán otros. Algo de eso hay pero principalmente no habían querido hacerlo. Las fuerzas armadas desde mucho tiempo han masacrado al pueblo y han defendido el sistema, pero también se abrían a la justicia y al derecho. ¿Por qué ahora cebarse con el poder: por qué la prepotencia descentrada, por qué la racionalidad de la sangre y el fuego? cuando en sentido estricto no hay necesidad de eso para conservar las estructuras. Se dice que los ojos inyectados en sangre nublan la vista. Posiblemente sea eso; incapacidad de detenerse, de tomar un respiro, de ponerse a meditar. También los intereses, la corrupción. Pero ¿por qué tanto y por qué a un precio tan elevado?

La Flaca Alejandra, la pobre Flaca Alejandra, ese símbolo patético de una práctica viciada, preñada de resentimiento y violencia. Paradojalmente es también la imagen del perdón y la reconciliación. También lo es del interés pequeño y la falta de principios. Y también de la maravillosa capacidad de sobrevivir a la adversidad. Por eso es que la Flaca es símbolo de este país, de muchas cosas, no de todas; por eso es que este relato quiere (necesita) tenerla como clave.

El “Síndrome de Estocolmo” es la fusión de la erótica y la política perversa: la fascinación en la violación, el ansia de

destrucción y el apetito de vida, el encanto de la aniquilación, de la autoaniquilación, pero no de la muerte sin vuelta.

Qué lejos está la Flaca Alejandra de Salvador Allende; qué distinta la integridad, la dignidad, el orgullo, la consecuencia. Pero ella está viva, él murió. El murió pero está vivo en la memoria de su pueblo. Sí, en la memoria de un pueblo de flacas alejandras. La Flaca Alejandra en su miseria humana puede recordar y revivir a Salvador Allende; él nada puede hacer, está irremediablemente muerto, acabado. Su mito vive únicamente en nosotros, en todos los que no fuimos Allende.

Ahora bien, diversos investigadores se han ocupado del tema del movimiento trabajador: José Zapiola, Hernán Ramírez Necochea o Gabriel Salazar, diversas escuelas se han dedicado al tema del caudillismo y las dictaduras: Domingo Faustino Sarmiento, Laureano Vallenilla Lanz o John Lynch pero ninguno de estos ha visto el machismo ¿Por qué?

Al terminar, nos parece necesario plantear algunas interrogantes:

¿A qué se debe que algunos veamos este asunto y otros no lo vean? Se argumentará que sólo pueden verlo aquellos que lo conocen, aquellos que lo sienten, aquellos que llevan una suerte de preconcepción o de obsesión: tal como el inquisidor que ve al demonio por todas partes o como la feminista que por todos lados encuentra síntomas de superioridad masculina.

Es obvio que el machismo no es un dato del mismo tipo que una batalla, un discurso o una fiesta tradicional. ¿Cuál es su estatus conceptual? ¿Cómo se constituye en uso cotidiano y cómo pasa al quehacer académico? ¿Es válido este tránsito?

¿Cómo se articula el tema del macho y del machismo a otros tópicos de nuestra cultura, como es la utopía y el sacrificio que por tantos aspectos le aparecen emparentados?

Si el machismo es uno de los factores que otorgan identidad al interior de una sociedad, al disminuirse este ¿crecerán otros modos de diferenciación: profesionales, étnicos, regionales?











BIBLIOTECA NACIONAL  
SECC. SELECCION ADQUISICION Y CONTROL

07 NOV 1996

DEPOSITO LEGAL

SECC. CHILENA

OTROS TITULOS DE  
BRAVO Y ALLENDE EDITORES

---

- *Claudio Gay y la Ciencia en Chile*  
Berríos y Valdivia
- *Prehistoria y Etnología de Chile*  
Mario Orellana
- *Paradigmas Sociológicos del Desarrollo*  
Fernando Durán
- *Historia de la Arqueología en Chile*  
Mario Orellana
- *Los Buscadores del Jefe Gruñidor*  
Edmundo Magaña
- *La Vertebración de la Filosofía*  
Juan Rivano
- *Los Mensajes del Cuerpo*  
Rogelio Rodríguez
- *Televisión y Violencia*  
Edison Otero y Ricardo López
- *Análisis Estadístico de Datos  
Mediante Computador*  
Manuel Vivanco
- *Desafíos y Dilemas de la Psicopedagogía*  
Roberto Careaga (Editor)
- *Crónicas de un Ex-locutor*  
Jaime Bustos Mandiola
- *Estructuras del Diálogo*  
Emilio Rivano-Fisher



*Diálogos sobre el género masculino en Chile*, es producto de una serie de mesas redondas realizadas como parte de las actividades de extensión del Programa Interdisciplinario de Estudios de Género durante el segundo semestre de 1995 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. El sentido de estos diálogos fue el de instalar un tema muy poco abordado en nuestro medio, como es el de lo masculino, desde una perspectiva interdisciplinaria. También nos animó el deseo de estimular a una reflexión más amplia y sistemática sobre la construcción del “ser hombre”. El resultado de los diálogos es este libro que, a nuestro juicio, se convierte en gesto pionero, en además necesario de replicar para comprender en toda su complejidad y riqueza el tema mayor del despliegue de las relaciones de género en nuestros territorios.



UNIVERSIDAD DE CHILE • FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS DE GENERO

BRAVO Y ALLENDE EDITORES

